

## SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40  
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48  
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

## SUMARIO.

**HISTORIA DE LA SEMANA.**—REVISTA DE MADRID.—Revista de teatros.—SEMANA RELIGIOSA; Santo Tomás de Aquino.—SEMANA HISTORICA; Observaciones históricas sobre la Rusia.—SEMANA JUDICIAL; Causa contra Galileo; Causa llamada del Sello Real; conclusion.—Dos periodos históricos.—SEMANA LITERARIA; La vida por un capricho.—SEMANA CIENTIFICA; Apuntes de un diario de mis viages por Italia.—El licenciado don Taleo Cristóbal, conclusion.—SEMANA MOSAICO; El carnaval de Venecia; Las mugeres de la India; Máximas; Efemérides españolas, ferias; gaceta devota, escenas de la vida positiva; logogrifo, solución del anterior.

Este número lleva doce grabados.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior.** La situación de la Europa continúa siendo la misma, oscura, alarmante, y preñada de grandes sucesos.

**FRANCIA.** Sigue la misma división en la Asamblea nacional, habiendo ocurrido el fenómeno de ganar el gobierno una votación con el auxilio de la Montaña, haciéndose de este modo mas y mas honda la división que fracciona la mayoría.

El temible aniversario de la proclamación de la república el 24 de febrero, ha pasado sin que se alterase la tranquilidad pública, y sin que los socialistas hayan hecho el alarde de sus fuerzas que habian proyectado, merced á la actitud terrible é imponente que el gobierno habia tomado, dispuesto á sofocar el primer movimiento donde quiera que se hubiese presentado.

La publicación de un libro escrito por uno de los conspiradores de junio, Mr. Chenu, el confidente de Caussidiere, prefecto de policía durante el gobierno provisional, ha revelado todos los manejos, todas las miserias de los héroes del socialismo. Ha sido tan extraordinario el éxito de esta obra que en el término de seis dias se han hecho seis ediciones. Este libro es un drama de grande espectáculo, del género bajo-cómico, en que se hace representar como actores á los hombres que han dispuesto de los destinos de la Francia. Para atenuar la sensación producida por este libro, Caussidiere ha escrito desde Londres refiriendo los antecedentes de Chenu, desertor de presidio, agente provocador del antiguo gobierno del rey Luis Felipe, pero que sin embargo figuró constantemente al lado de Caussidiere en todas las jornadas revolucionarias.

**INGLATERRA.** El 9 de febrero presentó el gabinete en las cámaras una moción importante; una moción que debe tener grandes resultados en el porvenir de las colonias inglesas y de todas las colonias del mundo. Propuso el gabinete que las colonias, que necesariamente algun día deben emanciparse de la metrópoli, para que se acostumbren á gobernarse por sí mismas tengan su parlamento particular compuesto de naturales del pais y que rija en ellas en toda su extensión el gobierno constitucional, reservándose la metrópoli el voto, y el nombramiento de los vireyes que han de representar el papel en aquellos paises de verdaderos reyes constitucionales. Inmensa es como hemos dicho la trascendencia de esta medida. Ella anuncia para un día la emancipación de las colonias inglesas, y despertará en las colonias de los demás paises iguales deseos, iguales necesidades.

No concebimos cual pueda ser la idea eminente y revolucionaria que se propone hoy la Inglaterra, la cual se ha empeñado á la vez en diferentes puntos de Europa en grandes y graves cuestiones; en Turquía, protegiéndola para evitar la estradicion de los húngaros refugiados políticos, y en Grecia atacando la independencia de aquel pequeño estado.

En la cámara de los comunes el ministerio ha obtenido muy corta mayoría contra la moción de Mr. Israel, que proponia la revisión de las leyes de pobres en sentido favorable á los intereses agrícolas. A pesar

de los esfuerzos de Mr. Peel, que secundó al ministerio, solo pudo obtener este la mayoría de 21 votos, mayoría muy corta en una cámara en que habian votado en pro de la moción 232 y en contra 273. De sus resultados se hablaba á la salida del último correo de la posibilidad de que abandonase la dirección de los negocios públicos el gabinete de lord Palmerston.

**RUSIA.** Continúan los armamentos colosales de esta nación. El ejército situado sobre las fronteras de Polonia, á donde debe llegar próximamente el emperador, ha recibido la orden de estar dispuesto para ponerse en movimiento; y á este efecto se han hecho acopios de víveres y de armas. La atención de la Europa se halla fija en el autócrata de las Rusias, que sin duda no olvida ha llegado el momento de verificarse la predicción de Napoleon Bonaparte en Santa Elena, á saber que dentro de cincuenta años la Europa seria republicana ó cosaca.

**ITALIA.** En Nápoles, durante los dias del 9 al 14, el Vesubio ha tenido una nueva erupción cual no se habia visto hacia mas de veinte años. Inmensas columnas de fuego se lanzaban á las nubes, mientras un torrente no menos inmenso de lava caminaba en dirección de Pompeya, sepultando en su paso cuanto encontraba, y haciendo desaparecer muchas casas y dos iglesias; algunos viajeros imprudentes que se acercaron demasiado á contemplar este imponente espectáculo de la naturaleza han perecido tambien.

En Roma las pasiones se han exacerbado, y la presencia de las tropas francesas no es bastante á contenerlas. Los republicanos habian resuelto que no se celebrase el carnaval, cuyas funciones son famosas en el mundo, y que ha sustituido en el día al en otro tiempo tan célebre de Venecia. Mazzini desde el fondo de Suiza habia comunicado órdenes á sus sectarios en Roma para que se abstuviesen de concurrir á las funciones, á fin de que la ciudad eterna presentase un aspecto triste y dolorido por la pérdida de su libertad; los pasquines anunciaron terribles venganzas á los que tomaran parte en las diversiones públicas; repetidos anónimos se dirigieron á las principales familias, y se hizo circular el aviso de que algunos grupos arrojarían vitriolo al rostro de las bellas que despreciando las órdenes de los revolucionarios se presentasen en el Corso. Estas amenazas produjeron su efecto, nadie apareció el domingo de carnaval; empero el príncipe de Musignano, hijo del príncipe de Canino, se presentó en un carruaje acompañado de su hermana la princesa de Pemoli. Nada le sucedió este día, y avergonzados los nobles romanos con su cobardía acudieron al día siguiente. Los revolucionarios entonces se creyeron provocados por el ejemplo dado por el hijo del príncipe de Canino, y en los momentos en que se retiraba su carruaje, cuando se disparó el cañonazo que es la señal de que se deje desembarazado el Corso para la carrera de caballos, le arrojaron un magnífico ramillete de camelias que cayó dentro del carruaje del príncipe. Es de advertir que es costumbre del carnaval establecer entre las gentes que van á pié y las de los carruages un continuo tiroteo de ramos y confites.

En el momento en que el príncipe se bajó á coger el hermoso ramillete y á ofrecerlo á su hermana, estalló una granada de cristal oculta en él, cargada de algodón fulminante, la cual le hirió gravemente en las manos, el pecho y las piernas, le quemó la barba y las cejas, y su hermana quedó tambien herida en los brazos y las rodillas.

Además de este ataque bárbaro contra dos hijos de uno de los primeros tribunos de la revolución romana, llevado á cabo por los revolucionarios mismos, el propio día 9 hubo gran número de asesinatos, la mayor parte de soldados y oficiales franceses. A consecuencia de esto el general en jefe ha publicado un bando enteramente igual al del célebre 2 de mayo de 1808 que publicó en Madrid el general Murat: bando lacónico y cruel, empero necesario y que ha tenido ejecución. Este bando está concebido en estos términos:

«Habitantes de Roma: el general en jefe deseando poner término á los cobardes asesinatos que compro-

meten la vida de los oficiales y soldados del ejército, ordena:

«Quedan prohibidos en Roma y sus cercanías los puñales, las navajas, y cualquier otro instrumento útil para la perpetración de un crimen.

«Todo aquel á quien se encuentre un arma de esta especie será inmediatamente fusilado. Roma 11 de febrero de 1850.—El general en jefe, Baraguay d' Hilliers.»

A pesar de este bando se han repetido los asesinatos, y han sido fusilados varios trasteberinos. Se ha procedido al registro en medio de las calles, y á cuantos se les ha encontrado un cortaplumas, ó cualquier instrumento cortante se les ha conducido en número de mas de 300, á las prisiones, debiendo el no ser fusilados tal vez á lo excesivo de su número.

Es imposible que mientras dure esta situación, el papa pueda volver á Roma, no obstante de que habia ya concluido el empréstito con la casa de Rostchild, con cuyos recursos se proponia sostener una legión extranjera. La situación de Roma es crítica, y no lo es menos la del ejército francés de ocupación.

**Interior.** La mayor tranquilidad reina en todos los ángulos de la península, siendo en ella envidiable la paz mientras tan negras nubes se amontonan sobre el horizonte del resto de Europa.

La noticia del embarazo de la reina, augurando un feliz porvenir, ha sido recibido en todas partes con las mayores señales de entusiasmo y alegría. En todas las provincias se han apresurado las corporaciones á acudir á los templos á dar gracias al Altísimo por tan fausto suceso, cantándose un solemne *Te deum*, y ordenándose públicas rogativas. En Madrid se han celebrado en los dias 1.º 2.º y 3.º de marzo magníficas funciones de iglesia en la parroquia de San Justo, costeadas por el excelentísimo señor comisario general de la Santa Cruzada, habiendo estado espuesto todo el día el Santísimo Sacramento, asistiendo á los oficios divinos de por la mañana y á las rogativas de por la tarde una magnífica orquesta, y estando la iglesia asimismo magníficamente colgada y con una brillante iluminación.

El único suceso político de la semana ha sido la elección de diputados provinciales, en la que ha triunfado completamente el partido moderado, habiéndose abstenido de tomar parte en la votación el partido progresista. Así es que no ha habido lucha, y han carecido estas elecciones de movimiento y de interés.

En Valencia el diputado de la oposición conservadora, don Fermin Gonzalo Moron, con motivo de haber sido excluido de las listas electorales por no pagar la contribución requerida por la ley, suscitó una polémica contra el gobernador de la provincia, y habiendo sido adoptado el dicho señor Moron como candidato para la elección de diputado provincial en el distrito de San Vicente, ha sostenido el interés de esta lucha con diversos escritos, manifiestos, y avisos al público que todos los dias ha publicado; empero llegado el momento de las elecciones, ha fracasado su candidatura completamente.

Al tiempo seco y casi caloroso que ha estado haciendo por tantas semanas, y que era tan perjudicial para la salud pública, dando lugar á repetidos casos de muertes repentinas, ha sucedido un tiempo mas húmedo y una temperatura mas propia de la estación, que influirá favorablemente en los campos y en la salud pública resentida con tanta sequía.

## REVISTA DE MADRID.

Desde que la sociedad madrileña ha establecido la costumbre de pasar fuera de la corte los meses del verano, el verano ha dado en la manía de venir á pasar los inviernos á Madrid. Por este año ha elegido para su residencia en la coronada villa el mes de febrero, y merced á este raro capricho, el mes de las aguas se ha visto convertido en mes de espantosa sequedad, y el termómetro ha subido desde 8 á 17 grados sobre cero en el intervalo transcurrido desde los primeros hasta los últimos dias del mismo mes.



Escusado nos parece advertir que, merced á tan agradable mudanza, la sociedad de Madrid ha estado, como vulgarmente se dice, en sus glorias. El público de Madrid no sabe vivir sino con el buen tiempo: es decir, con un tiempo en que no haya nieves, lluvias, frios ni vientos. Y no es extraño que así le suceda. Acostumbrado á gozar constantemente de un cielo hermoso y despejado, de un sol claro y radiante, cuyos fulgores rara vez oscurece la niebla aun en la fria estación del invierno, no puede ver sin disgusto y sin terror esos nubarrones que vienen de cuando en cuando á empañar la clara transparencia de la atmósfera. Inundará el paseo un mes seguido, mientras haya días serenos y sol luciente; pero si al cabo de los treinta días amaneciese uno nublado, desertará instantáneamente de todos los parages públicos. Su odio al agua, exagerado hasta lo infinito, la lleva hasta aborrecer los nublados. ¿Si consistirá en esto el que los madrileños lleven la genérica denominación de *gatos*?

Por lo demas, ese tiempo que llaman *delicioso* los habitantes de Madrid, tiene muy pocos y muy leves inconvenientes. Un par de muertes repentinas por día es la mayor estorsión que suele acarrear á los que afecta con mas violencia: mas benigno con otros, solo les produce congestiones cerebrales, irritaciones de garganta, de estómago, de cabeza ú otros males de este género; y todavía es menos maléfica su influencia con la generalidad de los habitantes madrileños, á quienes se contenta con envolver por todas partes en una atmósfera de suavísimo polvo, que escita de un modo notable la respiración, y trae envueltos en sus diáfanos pliegues mil átomos refrigerantes y olorosos.

Pero si febrero ha sido indudablemente el autor de todos estos males, es necesario hacerle justicia por completo, y confesar que en sus momentos postreros parecia contrito y arrepentido de sus culpas. En su penúltimo día su semblante era ya menos alegre, mas austero y mas *frio* que todos los anteriores. En el último comenzó á derramar algunas lágrimas de sincero arrepentimiento. Hubiérale dado mas vida el almanaque, y todavía le habríamos visto llorar amargamente su falta; pero es tan corta la vida de febrero, que ni aun le ha dado tiempo bastante para un completo arrepentimiento. Por fortuna nuestra, marzo ha tomado á su cargo llevar á cabo el cambio comenzado en febrero.

Esta novedad, este cambio completo en las regiones atmosféricas, se ha observado del mismo modo en la vida social de Madrid. Porque la cuaresma es de ordinario una época de transición, donde no conformándonos con las prácticas de la vida devota, nos ocupamos en recordar lo que gozamos en el carnaval y en proyectar nuevas diversiones para la pascua. Terminadas por ahora las reuniones bajo techado y cerrados los salones, pensamos ya en las reuniones al aire libre, en los toros. Luego, el tiempo religioso en que vivimos parece imprimir á todas las cosas cierto carácter de actualidad: y en vez de polkas, duelos y casamientos, solo se habla ahora de sermones, rogativas y profesiones religiosas. Otro fenómeno es siempre la consecuencia ordinaria de la llegada de la primavera y es que vuelta la atención general hácia la parte material de nuestra población, comienzan á mejorarse los paseos y las arboledas, y se fomentan de una manera notable las obras de utilidad pública, ó las que para su recreo y exclusivo provecho proyectan y llevan á cabo algunos particulares.

Así, en el mes de febrero hemos visto adelantarse los trabajos del ferro-carril de Aranjuez, que darán vida y animación á las solitarias riberas del canal: aumentarse el arbolado que rodea las tapias del Retiro, mejorándose notablemente el paseo: practicarse grandes desmontes en las inmediaciones de la Fuente Castellana: concluirse en los alrededores de Chamberí algunas casas de campo, y activarse con gran celo la construcción de la iglesia de este barrio. Esto para el bienestar de los vivos, cuyas mansiones campestres no esceden en gusto y magnificencia á las que se disponen para los muertos. Tres vistosos cementerios se construyen ahora, uno tras otro, cuya inmensa capacidad parece confirmar las predicciones de un moderno publicista y elocuente orador sobre el próximo fin del mundo.

Si el carácter de nuestra revista no fuera ageno á cierto género de asuntos, habríamos encontrado una ocasión para lamentarnos de la manera como se hacen todas las cosas entre nosotros. ¿Por qué llenar de cementerios el parage por donde crece de una manera notable, y se estiende á todas horas la población de Madrid? ¿Por qué disponer la mansion de los muertos allá donde van á levantarse muy pronto las habitaciones de los vivos? ¿O es que de hoy mas los hemos de precisar á vivir todos juntos, cuando tiene Madrid inmensos y desiertos alrededores donde, apenas levantarán un solo edificio las generaciones venideras?

Por nuestro mal todas las cosas humanas llevan consigo el sello de la imperfección; razón muy buena, cuando no hay otras, para disculpar á los hombres de los crasísimos defectos de que adolecen casi siempre sus obras. Ahí está, sin ir mas lejos, un edificio colosal, si no por otra cosa, al menos por su solidez y por los millones que cuesta: el nuevo Congreso de diputados. Una mezquina y reducida escalinata de piedra ha venido á terminar bien pobremente por cierto, la gran columnata, que se destaca del resto de la casa á que se halla adherida, como si se hubiese construido para otro edificio de gigantescas proporciones. Allí es tirando la acera, elevando el pavimento, nivelando á medias el terreno, ha logrado su director dar remate á una angosta escalera que nuestra escelsa soberana deberá subir á pié, cuando su augusta magestad, ciñendo en sus sienes la real corona, vaya á abrir con gran pompa y solemnidad las sesiones de los cuerpos colegisladores.

Fuera de esta novedad, que no ha dejado de escitar la atención de los innumerables transeúntes á los paseos del Prado y de Atocha, la quincena anterior nos ha ofrecido otras muchas de diverso género y calidad: con el interesante estado de S. M., las felicitaciones oficiales han sido el pan nuestro de cada día. La corte ha tenido tres días de gala, los edificios públicos tres noches de luminarias, los altos funcionarios un nuevo carnaval y los vetustos simones una ocasión de ofrecer á la espectación pública sus elevadísimas cajas, sus mugrientos lacayos y sus moribundos caballos.—La nuevos buzones del correo han proporcionado largas horas de entretenimiento á los numerosos individuos que constituyen el gremio de vagos y paseantes de la corte.—Nuevos mercados, nuevas fuentes, nuevos faroles, y la rápida propagación del gas por las principales calles de Madrid, han sido asimismo el fruto de los trabajos de esta quincena.—Y si queremos remontarnos á mayor altura, todavía encontraremos algunos banquetes régios y diplomáticos, sobre cuyo lujo y brillantez solo pudiéramos repetir lo que han dicho antes que nosotros todos los periódicos de Madrid en la última semana de febrero.

También el Ateneo ha dado algunas señales de vida en la anterior semana. La sección de ciencias morales y políticas, de la que es dignísimo presidente el señor Alcalá Galiano, ha comenzado á ocuparse de las «ventajas é inconvenientes de la organización actual de las sociedades.» En la sesión celebrada al efecto, oímos con gusto á los apreciables jóvenes señores Cappalleja y Esperon, catedráticos del Ateneo. Pero la discusión continúa aun pendiente y de ella nos ocuparemos con mas espacio cuando haya tocado á su término.

Pero la novedad mas curiosa que esta quincena nos ha ofrecido, es sin disputa alguna un espectáculo que se ha dado en la calle del Príncipe, desde el 20 hasta el 24 de febrero. Este espectáculo nos ha parecido el mas vistoso y también el mas barato de todos los de Madrid. Por cuatro pesetas los asientos mas caros, y hasta cuatro reales para el que busque mayor economía en el precio, se ha ejecutado en una casa de la referida calle y á presencia de la reunión mas escogida y aristocrática de la corte, la variada función que se compone de todos los diversos espectáculos que siguen.

1.º Escenas del género sério. Escalamiento de la casa de un noble por tres marineros: intimidación á la autoridad paterna: preludios de una conjuración: levantamiento popular: prision y encausamiento de un conde: su sentencia de muerte: marcha del conde al patíbulo: su fusilamiento: incendio y saqueo de una población: locura por amor: el loco recobra su juicio: otro levantamiento popular: asesinato del caudillo del pueblo.

2.º Escenas del género festivo. La tarantela napolitana, bailada en medio de una plaza pública: una linda barcarola cantada por un pescador: unos cuantos titiriteros luciendo sus primorosas habilidades: una magnífica cucaña: vistosos arcos de triunfo: iluminación de una plaza: repique general de campanas: marcha triunfal de un caudillo del pueblo: hachones de viento, fogatas, farolillos, arcos de flores y lo demas que se requiere en estos casos.

Todo esto se ve al natural y *sin cristales intermedios*, como dicen los anuncios de cosmoramas. Además se ven pintadas todas las cosas que siguen: El mercado de Nápoles. Una cárcel de la misma población. La gran plaza del triunfo, en idem. El jardín del palacio de un conde. Una erupción del Vesubio.

Este espectáculo, sazonado con ideas patrióticas, declamaciones populares, execraciones á la nobleza y vivas á la libertad, ha tenido de coste algunos miles de duros: pero el público de Madrid, huyendo de él horrorizado, no ha querido verlo arriba de cuatro días consecutivos. Al salir de la sala del espectáculo, los espec-

tadores, estremecidos aun con sus terroríficas impresiones, decían que muy pronto iba á venir el cólera.— Véase lo que son las cosas de este mundo. Nosotros hemos reído en él á carcajadas tendidas. Solo nos poníamos de mal humor al pensar que en la portada de aquella estrambótica producción se hubiese escrito el nombre de una persona respetable, de un literato ventajosamente conocido en la república de las letras.

A.

## REVISTA DE TEATROS.

Las semanas anteriores han sido aciagas para los teatros y mas todavía para el público que tan solícito acude á ellos de algun tiempo á esta parte. El teatro del Drama anunció para la primera de estas semanas el *Caballero d'Harmental*, y la empresa murió el mismo día que debió ponerse en escena. Para el viernes inmediato se anunció en el de Variedades la comedia original, *Doña Terencia*, y no se representó en aquella noche: anunciada de nuevo para el miércoles y jueves de la última semana corrió en ella la misma suerte. El teatro de la Opera también anunció el miércoles último el baile *Manon Lescaut*, y el jueves *Lucrecia Borgia*, sin haber puesto en escena una cosa ni otra. Por lo que toca á las representadas, tampoco les ha sido la suerte mas propicia. *Massaniello* no ha podido representarse mas de cinco noches en el teatro Español y *El Pollo* ha hecho completo fiasco en el teatro de la Comedia.

¿Qué les diremos pues á nuestros lectores después de las muchas noticias teatrales que los tenemos dadas en nuestra última revista? Nada en verdad, porque los teatros ó no han ofrecido al público otras novedades que una continuada serie de chascos, ó le han ofrecido cosas que hubieran ganado mucho con no haber ocupado jamás á los actores y al público mismo.

En el teatro Español la última novedad ocurrida hasta el momento en que escribimos estas líneas, ha sido *Massaniello*; pero las representaciones de este drama no han podido durar arriba de cinco noches. Este éxito es natural: es el único que podía esperarse de la representación del *Massaniello*: este éxito hace honor además al buen gusto del público, porque nadie puede ver ya con paciencia en el teatro un drama donde su autor ha recopilado y ha ido eslabonando una por una todas las exageraciones y todos los delirios del romanticismo. Francamente lo decimos: el mal éxito de *Massaniello* nos ha sido sensible por el nombre de su autor: nos ha sido grato, porque nos manifiesta el buen sentido del público madrileño.

No ha alcanzado mayor fortuna en el teatro de la Comedia la representación de *El Pollo*. Y en verdad, no creemos que el apreciable autor de esta comedia, el señor Sanz Perez, tan aplaudido por sus lindísimas piezas andaluzas, abrigue con ella pretensiones de ningún género: en prueba de ello sabemos que el autor ni siquiera se ha hallado en Madrid para presenciar la representación de *El Pollo*. Estas dos circunstancias nos retraen de juzgarla con tanta severidad como merece. Por otra parte, el público la recibió mal la primera noche y mucho peor la segunda: y puesto que se ha retirado ya de la escena, no nos creemos obligados á perseguirla en su retiro.

El viernes último se ha estrenado en el mismo teatro una comedia titulada *La Corte y la Aldea*; y tampoco ha alcanzado un éxito muy brillante. Aguardamos, sin embargo, á verla en otra ocasión para emitir nuestro juicio sobre ella.

Terminamos esta brevísima reseña sin que se haya verificado ninguna de las novedades anunciadas en el teatro de la Opera, en el Español, en el de la Comedia y en el de Variedades. Preveemos que todas ellas nos han de ofrecer abundante materia para la revista del número inmediato.

A.

Está ya formado el diseño de la decoración de mosaico vegetal con que van á ser adornadas las paredes, el techo y pavimento del despacho de S. M. en el real palacio, bajo la dirección artística de don Luis Rigalt, que como director de ornato de la empresa del mosaico en Barcelona, ha venido á la corte con este especial encargo. La obra de mosaico vegetal, combinada con mármoles y bronce, va á ser uno de los objetos mas preciosos que encierre la régia morada. S. M. se ha dignado aprobar los diseños y dar las órdenes oportunas para su ejecución.



## SEMANA RELIGIOSA.

## SANTO TOMAS DE AQUINO.

Sus escritos religiosos y políticos.—Su festividad 7 de marzo.

Los que han acusado al catolicismo de haber faltado a los intereses de la ciencia, no han mirado que él es el que ha presidido a todas las fases que las ciencias han sufrido desde Boecio en Occidente, y desde San Juan Damasceno en Oriente. Los que le acusan de haber envilecido la dignidad moral del hombre, no ven que únicamente por la dignidad moral levantó tan alto el nombre de San Ambrosio, el de Gregorio II, el de Hildebrando, y el de San Bernardo. Los que le acusan de haber comprimido la libertad, no consideran que las cruzadas prepararon la emancipación de los pueblos. Los que le tildan de haber ejercido una especie de tiranía sobre las facultades especulativas, no han contemplado que a su sombra tutelar se abrigaron los mas fogosos especulativos. Los que le han acusado de amar demasiado el lujo, el fausto y la molición no han visto que él es el que ha llamado a grandes gritos la reforma de los hombres y de la iglesia, estableciendo las religiones mendicantes de los dominicos y los franciscanos, tres siglos antes que Lutero conmocionase el mundo con su pretendida reforma.

El catolicismo sin embargo no se hallaba aun satisfecho; una nueva lumbrera debía aparecer en la iglesia en el siglo XIII; y esta gran lumbrera era Tomás de Aquino, que nació en 1227 en el castillo de Rocca-seca, en Nápoles, cerca de la abadía de Monte-Casino, de la antigua e ilustre familia de los condes de Aquino, renunciando a las ventajas que le ofrecían en el mundo su brillante posición y nacimiento, entra en el orden de los dominicos con objeto de satisfacer libremente su afición decidida al estudio. Va a Colonia, y estudia con Alberto el Grande, a quien sigue a París, en cuya ciudad toma la bota de doctor en 1233, dedicándose en seguida al púlpito y a la enseñanza con un éxito brillante que le atrae la atención de San Luis y su favor. Escritor incansable, envióle su orden a Nápoles en 1272 para que enseñase la teología, muriendo dos años después en la abadía de Fossanova, cerca de Frosinone, cuando se disponía a partir para el concilio general de Lyon.

Las mas altas dignidades de la iglesia fueron designadas por este santo filósofo, a quien los papas Inocencio IV, Clemente IV, y Gregorio X las ofrecieron a porfía, contentándose solo con el modesto título de *Definidor de su orden*, equivalente al de profesor con muy poca diferencia.

Santo Tomás fué el mas sábio y profundo teólogo de su tiempo; y es conocido hoy con los nombres de Doctor universal, Doctor angélico, y Angel de las escuelas.

Nosotros examinaremos brevemente sus estudios.

Los discípulos de Alberto el Grande se burlaban del príncipe de Aquino, y llamaban a Tomás, el Buey mudo, porque a ejemplo de los primeros filósofos guardaba un profundo silencio en los primeros años de sus estudios: empero dejad que crezca el joven príncipe; bien pronto dará mugidos que resonarán en todas las iglesias, en todos los claustros, en todos los conventos de la Europa y del mundo católico. *Nos vocamus istum hominem mutum*, decía Alberto el Grande, profesor de Tomás; *sed ipse talem dabit in doctrina mugitum quod in totum mundo sonabit*. Y no se engañaba Alberto; Tomás era una de esas inteligencias como no las ha habido nunca, tal vez como no volverá a haberlas. Preséntese en efecto, el hombre mas instruido, mas desarrollado, y mas completo entre nosotros; ese hombre no será mas que un pigmeo apenas visible ante el Angel de las escuelas.

Los árabes habían anegado a Aristóteles en un diluvio de comentarios, el espíritu humano se perdía en una superfluidad de detalles; desembarazar la erudición de las sutilezas de los árabes, poner y afirmar la fé sobre un fundamento indestructible, llamar a todos sus contemporáneos a la mas alta expresión de la fé religiosa y moral, para reparar los desastres de la ignorancia y de las polémicas que fatigaban la Europa, era por lo tanto lo que convenia hacer en el siglo XIII, y he aquí lo que hizo Tomás con una perseverancia, con una moderación y un sentido prodigioso.

Tomás como su maestro fué desde luego un gran filósofo. Fué el primero que en Europa tradujo las principales obras de Aristóteles, y es incontestable que el religioso dominico conoció al filósofo Stagiritas mejor que la multitud de los que hoy pretenden conocerle.

Los padres de la iglesia griega y latina, habían obrado en general por espontaneidad, por inspiración, cuando habían tenido que defender sus creencias; Santo Tomás acepta todos los argumentos de las antiguas escuelas griegas; pero varia los recursos, los combina segun sus ideas personales, y con esta argumentación se constituye en grande árbitro para batir todos los enemigos del catolicismo, dispersando con un valor de ideas y de objeciones las doctrinas contrarias, y demostrando en todos sus escritos la superioridad invencible de su lógica, de su entendimiento.

En el centro de la edad media, en esa época tan despreciada de los enciclopedistas, tan despreciada aun entre nosotros, Tomás presenta a la Europa la mas imponente y la mas hermosa de las obras; en medio de aquella edad, el gran pensador, el grande artista, el descendiente de la ilustre familia de Aquino, crea la magnífica cúpula que debía coronar eternamente los mas vastos edificios del espíritu y del saber humano; hablamos de la *Summa* de Santo Tomás, esa obra que por sí sola eterniza su gloria, y que no estaba destinada a los sábios de aquella época, sino que era un libro únicamente para los principiantes, como lo dice modestamente su autor en el prólogo de su primera parte, empero en ella se tratan con maestría las cuestiones mas importantes y trascendentales.

No solamente sobresale Tomás en la teología, sino tambien en la moral. El discípulo de Alberto aborda las principales cuestiones de frente, y las eleva hasta el último punto examinando todos los sistemas que pueden constituir la felicidad de la sociedad.

Tambien Santo Tomás es mirado como uno de los grandes publicistas. Después de haber escrito varias obras bajo el modesto título de opúsculos; y que hoy son miradas como obras capitales por todos los hombres inteligentes, nos presenta la obra *De Regimine Principum*, del régimen de los príncipes, en que se muestra bajo una nueva faz el discípulo de Alberto; aquí Tomás es ya un publicista de primer orden. En esta obra Santo Tomás propone todas las cuestiones que pueden interesar al bien de los pueblos, y va de los pueblos a los reyes, y de los reyes a los pueblos; considera a unos y a otros en sus derechos, en sus deberes, en su felicidad, en sus desgracias, y concluye por establecer una de las obras mas capitales en materia política. Desde que ha establecido la sociabilidad del hombre y la necesidad de un gobierno, Santo Tomás se afirma en la idea de que el gobierno de uno solo es preferible al de muchos.

Esta tesis, así mirada, lisonjea poco las pasiones; empero el mismo Santo Tomás dice que si el régimen de uno solo es el mejor, el régimen de la tiranía es el peor; que cuando el gobierno tiende a ser injusto, vale mas el gobierno de muchos, aunque este sea mas débil que el otro, y aunque los que gobiernen se embaracen mutuamente. Si la virtud es obrar bien, dice en otra parte, un rey debe gobernar bien a sus vasallos, esta es su recompensa, y su felicidad viene de ella. Hay doctrinas en esta obra que no desdenarían los mas ardientes partidarios de la libertad.

Santo Tomás no solamente fué un grande erudito, metafísico, moralista, teólogo; juzgó las mas difíciles cuestiones políticas con una firmeza y con un conocimiento de la vida social que nos admira.

Las obras de Santo Tomás fueron publicadas en Roma en diez y ocho volúmenes en folio, en 1370; y en París poco después en veinte y tres volúmenes. Ha dejado escritos los Comentarios acerca de Aristóteles, de la Escritura, del Maestro de las sentencias, y varios sermones, opúsculos y escritos de controversias, resolviendo de la manera mas completa y bajo la mas rigurosa forma silogística las mas principales cuestiones que él se proponía, y que abordaba como hemos dicho clara, resueltamente, con el mayor valor, y con el mas esquisito talento.

CONDE DE F.

## SEMANA HISTORICA.

## RECTIFICACIONES.

Terminada la publicación de la historia de la insurrección de Cataluña en 1827, hemos recibido una carta del señor don José Rovira, participándonos que él fué el abanderado que decidió al JEP DELS ESTANS, a que se confesara; perteneciendo entonces al batallón 7.º de línea del entonces nominado regimiento de Zaragoza, advirtiéndome tambien que fué en Olot y no en Vich, donde fusilaron al JEP con otros dos mas.

—Otra noticia, y de bastante importancia, es la que se nos ha dado de la actual existencia de la señorita doña Maria Josefa de Comerford y Mac-cron. Dudando de su verdad, hemos recibido de un pariente suyo las pruebas mas evidentes de que se halla en el día en el convento de San L... en una de nuestras bellas poblaciones del Mediodía.

## OBSERVACIONES HISTORICAS SOBRE LA RUSIA.

(Continuacion).

IV.

Sus crueldades ya no conocían límites: se sucedían las muertes con una continuidad espantosa, y de un

modo horrible, reproduciéndose los suplicios de los mártires. Ivan mismo empaló a algunas víctimas: envenenó a su primo Wladimiro y a todos los miembros de su familia; manda fusilar a todas las mugeres que acompañaban a la princesa, después de haberlas prometido la vida; precipitar en los rios a los habitantes de Torjek, y en fin, al llegar a Novogorod, entre él y su hijo Ivan envían diariamente a la eternidad mas de mil víctimas, quedando enteramente despoblada la ciudad en el espacio de seis semanas, segun asegura un historiador.

El mismo refiere que dirigiéndose este Neron ruso a Pokoff, va a visitar a un monje que presenta al monarca un pedazo de vianda cruda: dicele el czar que no la come por estar en cuaresma; ¿Y qué? replica el religioso, *¡no comes carne en cuaresma y destrozas a los cristianos y te hartas de la sangre de los rusos!*

Esta respuesta atrevida, impone a Ivan y se salva Pokoff: porque no hay tirano que no haya tenido un momento en que creyendo ser justo y humano hiciera alarde de esa desdenosa generosidad con que conceden a sus semejantes la vida de que se consideran dueños; compasión insultante, que ofende mas que la muerte.

V.

Los sentimientos religiosos, ó mas bien el fanatismo que Ivan ostentaba, no le impedían perseguir a los mismos prelados. Carga de cadenas al arzobispo de Novogorod, y le asocia una multitud de pretendidos cómplices, a quienes hace sufrir los tormentos de la tortura, a pesar de ser los hombres mas ilustres de la Rusia. Pero esto era aun poco, Moscov, la gran ciudad, se vió inundada en sangre, derramada a torrentes del modo mas bárbaro é inhumano; llegando a constituirse el mismo Ivan en verdugo, pues marchaba a la cabeza de los ejecutores, y daba el primer golpe con grandes aplausos de una multitud envilecida. Último grado de depravación a que puede llegar un pueblo: ¡presenciar y aplaudir como un placentero espectáculo los asesinatos en masa de sus compatriotas!

Tanta como era su crueldad para sus vasallos, era su cobardía para con sus enemigos los tártaros, ante los que huía sin combatirlos, obteniendo de ellos la paz, merced a las mas humillantes concesiones. Culpando luego a sus súbditos de las invasiones de los estrangeros, vengaba en ellos sus afrentas, y los inmolaba en holocausto de su vergüenza.

Es imposible hallar un monstruo que reuniera los vicios y los crímenes que Ivan. Inmoral en sus costumbres, no poseía ni aun los afectos que son naturales para con aquellas mugeres a quienes se ama; y la que hoy servia para sus placeres, era sacrificada mañana, sin que le inspirara su víctima una mirada de compasión. Sediento de la sangre de sus semejantes, no habia para él consideraciones de ninguna especie que le impidieran verterla; pues llegó hasta desconocer los vínculos naturales, los afectos mas sublimes que hay en el mundo, llegó a sacrificar a su mismo hijo, muerto por él a golpes, sin otro delito que solicitar de su padre ponerse al frente de un ejército para combatir a los polacos, que amenazaban apoderarse de la Rusia.

El asesinato de su hijo, que falleció en 1382, le causó una desesperación horrible. Le parecia ver su sombra continuamente, pidiéndole venganza, ver en sus manos una sangre de que no podia desprenderse, y oír en el fondo de su alma depravada el eco acusador de ese Dios a quien tan torpemente invocaba y no comprendía, de esa religion que ultrajaba con tan bárbaro fanatismo.

Pero estos remordimientos no le corrigieron; prosiguió en su ferocidad, como si tratara con ella de destruir su sensibilidad. Quería embriagarse en crímenes para no sentirlos, y hasta a la misma esposa de su hijo Fedor, que le asistía en una enfermedad, pretendió hacerla víctima de sus brutales pasiones.

Prolongándose por cerca de medio siglo el reinado de este monstruo, como si la Rusia hubiera tenido que sufrir la venganza de Dios, terminó al fin su vida el 18 de marzo de 1383.

VI.

La grande obra de Wladimiro empezó a destruirla Ivan IV. Ivan III, monarca que funda la nacionalidad rusa, que ayuda con su prudente sabiduría a aumentar la preponderancia del Norte, esta region que se hizo importante con el descubrimiento de la América, descendió al sepulcro no solo asegurando la independencia de la Rusia, sino haciéndola respetar en Viena, en Roma y en todas las cortes poderosas del mundo. Aquel Ivan III negándose a pagar un tributo humillante, y mas aun por las circunstancias que le acompañaban (1), y matando a los embajadores que se le exigían, libertó a la Rusia de sus enemigos y la elevó a un rango brillante, por su poder al menos.

Destruyendo luego las formas republicanas de Novogorod, cuando se apoderó de ella por derecho de

(1) Los príncipes de Rusia estaban sujetos a pagar un tributo a la Horda de Oro, que consistía en un vaso lleno de leche de burra; y si se derramaba una gota en la crin del caballo en que estaba sentado el delegado del khan que la recibía, debía lamerla.



conquista, se afirmaba cada vez mas en su pensamiento de hacer de la Rusia el poder mas grande de la Europa. Pocos soberanos podian impedirlo, y el único que entonces sobresalía en el continente, el César español Carlos I., se contentaba con escribir al gran maestre de la orden teutónica: *No es bueno que la Rusia llegue á ser poderosa, es necesario que la Polonia se conserve entera, para el equilibrio de la Europa.*

Ivan IV, estendió es cierto los límites del imperio, al que agregó la Siberia; pero le hizo perder ese prestigio moral que le habian dado sus antecesores. Mas afecto á destruir á sus súbditos que á sus enemigos, llegó á rodearse de seis mil individuos de la primera nobleza, que ligados á él con el mas solemne juramento, se ocupaban en hacer ahorcar y empalar sin descanso, enriqueciéndose con los despojos de las víctimas; y llevando, para añadir el insulto al crimen, colgadas en el arzon de la silla del caballo una cabeza de perro y una escoba, para indicar que debian morder á los enemigos del czar y barrer el mundo.

Cuentan algunos historiadores que los alemanes y los ingleses solicitaron la alianza de la Rusia, atraídos por la reputación que adquirió este imperio bajo el reinado de Ivan; pero sin que nosotros desmintamos este hecho, que damos por supuesto, no basta él para destruir nuestra observación de lo que amenguó la dignidad de la Rusia bajo el bárbaro reinado de Ivan IV. Seria preciso hacerla consistir en la inmensa población que se conquistaba para concederla; pero ni aun esto sucedía. Los habitantes que se aumentaban con la conquista de nuevos países, se disminuían con los innumerables asesinatos en masa que se ejecutaban diariamente; con los incendios de grandes poblaciones, y las sumersiones en los rios de todos los pobladores de otras.

Una circunstancia favorecía á la Rusia, que habia de ser la base de su futuro engrandecimiento y de su poder actual, y era la servil sumisión de los rusos que veneraban en el czar lo mas sagrado que para ellos habia. El imperio en este estado solo necesitaba un gran monarca que podría sin oposicion transformar la Rusia é introducir cuantas reformas ideara, y este monarca lo tuvieron en Pedro I. Y á fin de que fuera mas grande el teatro en que debia immortalizarse el obrero de Saardan, iban aumentándose los dominios del czar que estendia su poder hasta el círculo polar N. por un lado, hasta el Báltico por otro, ganaba tierra en la Livonia, en la Polonia, en la Moldavia, etc., llegaba al Caspio y se internaba en la India y la China, para no pasar hasta el Nuevo Mundo.

#### VII.

Herederio Fedor I de la coropa de su padre Ivan IV, se hallaba imposibilitado de reinar por incapacidad física y mental. Enviáronle sin embargo diputados para que aceptara el trono, y atendidas sus súplicas asistieron al coronamiento del joven principe.

Un consejo de regencia nombrado por su padre y compuesto de cuatro boyardos, admite al fin una especie de preceptor para el czar, (1584) y el tártaro Boris Godounov, próximo pariente de la familia reinante, empuñó las riendas del estado en nombre del inerte Fedor.

Reconcentrado en él el poder soberano, abusó como era costumbre, y siguió las conocidas huellas de sus antecesores. Sin detenerle ningun género de obstáculos, se arma con el puñal y el veneno, y extermina á sus enemigos del interior al mismo tiempo que impone á los exteriores. Con una ambición sin límites que oscurecía algunas buenas cualidades que poseía Boris, deseaba hacerse dueño absoluto del imperio. Casó al czar con una de sus hermanas, destruyó á la mayor parte de los parientes del principe, y llegándole á causar este recelo, trató de inmolárle; pero prometia tan poca vida el infortunado joven, que su fin vendría á terminar pronto las inquietudes de Boris.

Demetrio era el herederio del trono, y ganando Boris al gobernador del principe, se deciden á envenenarle. Sin valor ó sin ocasion para ello, encargan á otros el asesinato, que se retardó por el presentimiento del crimen que tenia su madre Irene, la cual no se separaba un momento de su hijo. Un instante de descuido bastó para perderle, y para que puesto en manos de Biatafsky y de sus cómplices fuera degollado. Vengó el pueblo la sangre del principe derramando la de algunos de sus asesinos; lo denunció á Fedor, pero supo Boris hacer pasar la muerte de Demetrio como un suicidio, y continuó al lado de su hermano Fedor; viéndose por este tiempo el estado floreciente, tranquilo y temido de sus enemigos. Solo los infelices habitantes de Ouglitch, donde fué asesinado Demetrio, y donde se vengó su muerte en algunos de sus asesinos se dejó sentir la crueldad de Boris que diezmo la población, pretendiendo sepultar con sus habitantes el secreto del crimen que él habia cometido. No consiguió su objeto: el delito y el nombre de su autor se divulgaron, y la vindicta pública se encargó de castigarlo con la publicidad.

«Un crimen conduce siempre á otro: Boris Godounov, para conseguir el favor de las masas recurre á un medio maquiavélico, de aquellos que se encuentran pocos ejemplos en la historia; hizo pegar fuego en secreto á diferentes barrios de Moscu, librando solamente el Kremlin y la parte de la ciudad donde se reunían los nobles. Como disponia de todas las rentas del estado, reconstruyó la mayor parte de las ca-

sas y de los edificios que habian devorado las llamas, lo cual le proporcionó las bendiciones del pueblo que le apellidaba su salvador.»

Habia en Boris tal mezcla de vicios y virtudes, de crímenes y de acciones nobles, que es penoso á la historia calificar el carácter de este personaje. Su ambición sin límites merece disculpa al verle emplear un poder que conseguia por medios reprobados, en hacer la felicidad de la Rusia. Querido de todos, para lo cual empleaba su talento, se mostraba en extremo sensible á las desgracias, y concedía siempre gustoso cuanto le pedían. Jamás se acudía á él en vano para reparar una injusticia ó para demandar misericordia, declarándose ademas protector de los necesitados. Esto le conquistó el afecto público, y le facilitó la ejecución de sus grandes pensamientos.

Muere Fedor el 7 de enero de 1593, sin dejar sucesión, y su viuda, hermana de Boris, como hemos visto, queda encargada del imperio. Mas no agradaba á Boris este legado; y á pesar de que es reconocida Irene, consigue su hermano hacerla renunciar, y encerrarse en un monasterio bajo el nombre de Alejandra. Amotinase el pueblo, la ruega en vano que ejerza el poder, se obstina Irene en su negativa, y piden entonces á su hermano; pero Boris rehúsa, y accede solo á ser el ministro principal de uno de los principes de la casa de Rurick. Reúnense los nobles, se retarda su decisión, se aprovechan en tanto los enemigos exteriores de este intervalo, y el 17 de febrero, proclaman los estados generales reunidos en Kremlin, á Boris Godounov emperador de Rusia.

Boris, aquel ministro que hace asesinar á Demetrio para facilitarse el camino al trono, que induce á retirarse á un convento á la zarina, se ve ahora amenazado de escomunion por los obispos y el patriarca, por no querer aceptar un poder que antes habia ambicionado. ¿Era hipocresía, ó se creía verdaderamente sin fuerzas para sobrellevar el peso que se le imponía? Ningun historiador nos aclara esta duda; pero no creemos en lo primero porque fué demasiado obstinada su resistencia, que para hacerla mas fuerte se habia retirado á una mansión de religiosos, de la cual le obli-

Rusia á la cabeza de un ejército entusiasta, y rodeado de una corte de falsos aduladores. Entusiámanse los rusos con su presencia; recuerdan las víctimas que inmoló Boris por exterminar á los vengadores del asesinato del joven principe, y el partido del falso Demetrio se hace poderoso é invencible. En vano apela Boris al recuerdo de los beneficios que dispensaba su buen gobierno: el pueblo se muestra ingrato á ellos, para vengar una memoria que consideraba sagrada. Con la misma facilidad que besan los pueblos las manos que los castigan, inmolan á sus favorecedores. No parece sino que donde hay pasiones no hay gratitud.

Abandonado de todos, perdió Boris la corona y la vida el 13 de abril de 1603 de un mal súbito: bendice á su hijo, y exhala su último suspiro vestido de monge.

Para reemplazar á Boris, solo falta al afortunado aventurero ser reconocido por Irene, á quien llamaba su madre; dále esta el dulce nombre de hijo, y ocupa el trono, abandonándose á todos los excesos del mas desenfadado libertinage, no bastando á contenerle ni el religioso sagrado del claustro de donde arrancaba á las religiosas para satisfacer en ellas la brutalidad de sus sentidos.

Pronto empezaron á divulgarse en el reino las particularidades del asesinato del verdadero Demetrio, y el agente de Boris á quien las torturas del tormento mas espantoso no fueron bastante para hacerle desmentir las verdades que propalaba, las dió mayor publicidad por odio al nuevo czar; pero consérvese este la vida, y en breve le concedió su favor.

Chousky y los principales boyardos conspiran para derrocar al impostor: amotinán al pueblo, al que guía con el crucifijo en una mano y la espada en la otra; invade el palacio, tiembla el czar, salta del lecho, huye de cámara en cámara, se arroja por una ventana rompiéndose una pierna, invoca en vano la ayuda de sus tropas, se ve negado por Irene que rechaza sea su hijo, se le sentencia entonces á morir, y perece fusilado permaneciendo su cadáver tres dias sin sepultura.

Chousky se hace proclamar emperador; se sus-



Vista del palacio de Kremlu.

garon á salir, para ir á habitar el Kremlin donde fué coronado el 20 de setiembre, esclamando en el acto de tan solemne ceremonia; «Job, grande patriarca, tomo á Dios por testigo de que no habrá en mi imperio ni un huérfano ni un pobre,» y enseñando el cuello de su camisa, añadió: «Si, yo daré si es necesario hasta esta última prenda á mi pueblo.»

#### VIII.

Los dos primeros años del reinado de Boris, fueron de completa felicidad para la Rusia; pero destierran al fin de ellos á los Romanof, y nace de aqui una oposicion que terminó mas adelante por el triunfo de esta familia tan célebre para la Rusia.

Gobernando con prudencia y aun con sabiduría, sin derramar una gota de sangre, poco hubiera inquietado al imperio la oposicion de los Romanof, á no haber evocado el recuerdo de un principe herederio del trono, cuya muerte habia sido dolorosamente sentida. Su memoria era aun grata para los rusos, y estos que, como todos los pueblos, son crédulos y afectos siempre á lo que desean, por mas imposible que parezca, en lo cual hay mayor motivo para anhelarlo, vieron esplotada su ignorante credulidad.

Un joven fraile llamado Otrepiev, segun unos, y Otrepeia segun otros, empezó á decir que pertenecía á la familia de los Rurik, y que habia de reinar sobre Moscu. Al saber Boris estas imprudentes palabras, le mandó á un convento donde eran severas las reglas; pero huye el joven y se refugia en Polonia.

Las persecuciones que suelen generalmente atraer partidarios y dar celebridad al perseguido, contribuyeron á la del joven impostor que penetró en breve en

citan contra él multitud de enemigos, y abandonado de sus tropas y de su familia, se retira á un convento, donde se hace monge; pasando así su reinado como una sombra, y la Rusia por una de esas crisis que padecen por desgracia los pueblos, crisis que parecida á una venganza celeste, deja en pos de su marcha la huella que imprime ese azote mundano que diezma con su pestilencia á la humanidad. A. P.

### SEMANA JUDICIAL.

#### CAUSA CONTRA GALILEO (1).

Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar: la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impio.  
Y el globo en tanto sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío.

QUINTANA  
á la invencion de la imprenta.

Casi todos los hombres grandes á quienes debemos las mas felices invenciones, no han adquirido su celebridad sino á costa de su sosiego, de su bienestar, y aun de su vida. Blanco de la calumnia, y de las persecuciones de la ignorancia, penosa ha sido y en lucha continua su existencia, no alcanzando sino de la pos-

(1) Sin noticia de que se haya publicado en nuestro idioma esta causa, por tantos titulos famosa, creemos apreciarán nuestros suscritores les demos de ella conocimiento, rindiendo así la memoria de tan eminente astrónomo el tributo que por sus descubrimientos se merece.



eridad un tardío y estéril reconocimiento. El nombre de Galileo recuerda á la vez uno de los sábios más ilustres de la edad media, y uno de los mártires de la superstición y de las preocupaciones de su siglo.

Nacido en Pisa el año 1564, de familia noble y pobre, el joven Galileo no debió sino á sí propio la ilustración que le ha inmortalizado. Recibió en Florencia, donde residía su padre, los primeros elementos de las ciencias, y mejoró con el estudio las lecciones de sus poco aventajados maestros. En vista de sus adelantos, destinóle su padre á la medicina, confiando en la Providencia poder soportar sus gastos. A fuerza de sacrificios y de economías vió á su hijo recibir en la escuela de Pisa los primeros grados.

No se limitó el joven Galileo á la profesión escogida por su padre; mas campo necesitaba su talento, y abarcó todas las enseñanzas de la universidad, aplicándose particularmente á la filosofía, de que hizo su estudio predilecto. Pero de repente abandonó las ciencias metafísicas. Un amigo de su padre le había dado las primeras nociones de geometría, y la satisfacción que le causó una ciencia en que tan seguro es hallar la verdad, inclinó á ella su genio, y le absorbió todo, desechando la medicina, la filosofía y demás ciencias á que se había consagrado para entregarse exclusivamente á la investigación de las demostraciones matemáticas. En vano trató de oponerse su padre, que advirtió el cambio operado en su hijo, á la nueva dirección que dió á sus estudios. Galileo había dado con la ciencia para la que le había destinado la naturaleza. Por no disgustar á quien todo lo debía, fingió obedecerle, entregándose con mas ardor al cálculo. Celado de continuo y abiertas siempre las obras de Hipócrates y de Galeno, no leía sino á Euclides, que ocultaba al acercarse su padre. Llegó así al sexto libro de las proposiciones. Dominado entonces por un amor á la ciencia que, no era dueño de reprimir, se presentó á su padre, declarándole con respetuosa resolución sus estudios secretos, y le habló con ese tono de firmeza y de convicción que no permitía poner en duda la vocación particular que sienten pocos hombres. A vista de esta inspiración, cedió prudente su padre, y pudo Galileo dedicarse libremente á sus ciencias favoritas.

Muy joven todavía, algunos descubrimientos útiles vinieron á confirmar las esperanzas que su talento había infundido á su familia. Sentó las bases de su reputación como matemático, y sin embarazarse por las decisiones de la escuela aristotélica, que era la sola en boga por aquel tiempo, abrió por su manera razonadora de discutir libremente una nueva carrera á las ciencias filosóficas.

El marqués Guido Ubaldi, á quien sus profundos conocimientos en matemáticas ponían en estado de conocer y apreciar el mérito de Galileo, le presentó á Juan de Médicis, y al gran duque de Toscana, Fernando, que le recibieron con las mas sinceras demostraciones de estimación, y le ofrecieron su apoyo, de que no tardó en recibir una prueba evidente, investido con la cátedra de matemáticas en la universidad de Pisa, tan famosa entonces.

Cumplió Galileo 23 años. Había llegado á esta edad en que comienza la razón á aprovecharse de las vigias de la juventud. Las lecciones del nuevo profesor presagiaran una revolución en las ciencias. A la autoridad de las decisiones escolásticas substituyó la investigación, el raciocinio, y el análisis, no presentando sino principios claros y fáciles de confirmar por la experiencia.

Este método atrajo á sus luminosas lecciones á todos los que buscaban la verdad con sincero deseo de hallarla. Los partidarios de la filosofía peripatética vieron á poco su escuela abandonada, y arruinada en la opinión su ciencia. No pudieron sufrir que un joven destruyese con tanta facilidad un sistema sancionado por tantos siglos, y le conquistase la influencia de que estaban en posesión tanto hacia. Pudo mas en ellos la envidia que el interés que naturalmente debía inspirar un joven que busca la verdad con buena fé, y que se aplica á establecerla sin violencia. En vez de hacerse sus émulos, se declararon sus enemigos. Forjaron y echaron á volar mañosamente especies injuriosas sobre las opiniones de Galileo, que, sin crédito en un principio, fueron tomando poco á poco consistencia. Se le presentó como un peligroso innovador, como un hombre sin fé religiosa. Alarmada con tan pérdidas insinuaciones la conciencia de las gentes timoratas, todo fué fácil á sus contrarios. A fuerza de publicidad y de astucia acreditaron para con el vulgo los esparcidos rumores, sembrando en los ánimos la desconfianza. Tan hábiles para la intriga como impotentes para la discusión, abandonaron las insinuaciones, y apelaron á columnas directas, que le retiraron el favor de sus mas decididos protectores. Sin fuerzas para resistir

solo á la tempestad que por todas partes le amenazaba, y sin otras armas que las de la razón, siempre rehuidas, se vió obligado Galileo á dejar precipitadamente la cátedra que habían enaltecido sus talentos, huyendo de Pisa donde su libertad, y aun su vida, peligraba.

Refugióse á Florencia, donde se halló sin otro recurso que una carta de recomendación que su antiguo protector y amigo el marqués Guido Ubaldi le remitió para la familia de Salviati. No fué necesario mas para restablecer la fortuna del ilustre fugitivo. Salviati le presentó á sus amigos, y muy en breve por sus gestiones, eficazmente recomendadas por el valimiento de un señor veneciano llamado Sagredo, obtuvo en la florentine universidad de Pádua la cátedra de matemáticas.

Al frente otra vez de la enseñanza de la ciencia de la verdad, Galileo creyó demostrar su gratitud á los que le habían proporcionado el puesto que mas ambicionaba, dando mayor utilidad á sus lecciones, y mejorando su método de instrucción. Un éxito feliz correspondió á sus esfuerzos, obteniendo la recompensa que mas deseaba, la aprobación de los que por él se



Galileo.

habían interesado, y la pública estimación. Tantos progresos hizo la ciencia, y eran tantos los que se agolpaban á escucharla de sus elocuentes labios, que la universidad le dobló el sueldo, y le acordó distinciones especiales, mas que por conservar al eminente maestro, por testimonio de su saber. Después de haber dirigido la construcción de muchas máquinas para el servicio de la república, inventó en 1597 el termómetro, y casi al mismo tiempo el compás de proporción, á que apellidó compás militar. Estos útiles descubrimientos no fueron sino ensayos de los importantes que les sucedieron.

La Italia había desdeñado el sistema de Copérnico; los peripatéticos pretendían conservar para el universo el orden que fijó Aristóteles, y se burlaban de las demostraciones del astrónomo alemán. Galileo, que había reconocido la exactitud de este sistema, trabajaba por su completa demostración, cuando un fenómeno celeste observado en 1604, vino á confirmar las doctrinas que sustentaba el partidario de Copérnico.

Una estrella desconocida, y de un brillo extraordinario, apareció súbitamente en la constelación serpentina. Galileo observa con cuidado la posición del

astro, y demuestra concluyentemente que se halla mas allá de la región que los peripatéticos llaman elemental, y mas lejos todavía que todos los demás planetas, á pesar de la opinión dogmática y reputada infalible de Aristóteles, que sentó no habría novedad en la bóveda celeste.

Vivas inquietudes causó este descubrimiento á los discípulos de la antigua escuela, sin atreverse á refutarle, pero la invención del telescopio en 1609 estaba destinada á darles el último golpe, y á establecer por una evidencia irrecusable el sistema de Copérnico.

Si el primero que aplica útilmente un descubrimiento que ha entregado el azar á manos inhábiles merece ser mirado como su autor, pertenece sin duda á Galileo la gloria de haber inventado el telescopio, que tantas conquistas preciosas ha hecho á la astronomía, sometiendo tantos mundos al examen del hombre.

Había oído Galileo que un holandés llamado Mettius había descubierto por casualidad un instrumento de óptica con el cual parecían muy próximos los objetos distantes. No supo mas, y le bastó para conseguir igual resultado. Combina vidrios de varias formas, estudia el fenómeno de los rayos luminosos modificados por estos vidrios, y al fin de muchos ensayos, llega á obtener su perseverancia y su genio el objeto que buscaba con tanto ardor. Aplica esta invención á la observación de los cuerpos celestes, y le da numerosos é importantes descubrimientos. Ebrio de gozo por la evidencia de sus opiniones astronómicas, no pudo callarlas por mas tiempo, y proclamó con valentía que no se movía el sol sino al rededor de su eje, y que la tierra dotada de igual movimiento giraba en torno de aquel astro. Esta aserción tan contraria al parecer á lo que dice la Sagrada Escritura *terra autem in æternum stabit, quia terra in æternum stat*, vino á ser el arma de que se valieron sus enemigos para renovar contra él las persecuciones que le habían hecho abandonar á Pisa.

La ciudad en que se hallaba Galileo era favorable al éxito de las maniobras de sus contrarios. Había dejado á Pádua por Florencia, donde le habían decidido á fijarse las ventajas y las instancias que le hiciera el gran duque de Toscana, Cosme II. Este príncipe, obligado á guardar miramientos con la corte de Roma, no estaba en tan buena posición de defender á Galileo de las acusaciones de herejía que se le lanzaban, como la república de Venecia, completamente independiente del soberano pontífice. Aprovechados sus enemigos de tan favorable coyuntura, reprodujeron sus maquinaciones presentadas de modo que á medida que Galileo anunciaba nuevos descubrimientos en la marcha y revolución de los cuerpos celestes, adquiría fuerza la nota de impiedad. Apegados á las antiguas doctrinas, creyéronse los eclesiásticos en la obligación de combatir el nuevo sistema, tanto en el interés de su escuela, como en el de la religión.

Tratado como visionario, se apeló al ridículo, no bastando la calumnia. Un predicador de intención dañada se prestó á profanar la cátedra del Evangelio tomando por texto de su sermón un pasaje del mismo que acomodó así: *Viri Galillei, quid statis insipientis in calum?*

Pero antes de acusarle formalmente ante la Santa Sede, se denunció el sistema de Copérnico, esperando no vacilaría Galileo en defenderle, y de este modo recaía sobre él la herejía en que se suponía incurso á Copérnico. Como astutamente lo habían previsto sus enemigos, se presentó Galileo á sostener la doctrina denunciada, y publicó una obra al efecto, y conciliando este sistema con las verdades de los libros santos. Asustados sus adversarios, apresuraron el golpe presentándole como un fautor de impiedad, y llevada á la capital del orbe cristiano la acusación, la Inquisición mandó comparecer á Galileo.

Una comisión de doctores elegidos por el papa, fué encargada de instruir y fallar el proceso. Ante ella compareció Galileo fiado en la justicia de su causa, habló á sus jueces con tanta calma como dignidad: apoyó en su reciente obra; explicó satisfactoriamente por la nueva doctrina establecida sobre el sistema del universo el texto de los padres de la iglesia; tema del universo no existía verdadera contradicción entre la teoría de Copérnico y las verdades de la religión, y protestó solemnemente de su inviolable respeto, y de su fé por los dogmas y el símbolo de la iglesia católica apostólica romana.

Esta declaración, y las razones en que había fundado sus principios sobre el sistema del mundo, debieron satisfacer á sus jueces, y decidirles á abandonar á la polémica y á las investigaciones de la ciencia una cuestión que no atacaba á las creencias religio-



sas, pero el fanatismo de los doctores prefirió en su descrédito abusar de su posición aprovechando esta circunstancia para reanimar el agonizante crédito de la escuela aristotélica, y pronunciaron la siguiente sentencia.

«Sostener que el sol está colocado inmóvil en el centro del universo, es una opinión absurda, falsa en filosofía y formalmente herética, porque es opuesta expresamente á la Sagrada Escritura: sostener que la tierra no está situada en el centro del mundo, que no es inmóvil, y que tiene movimiento de rotación, es también una proposición absurda, falsa en filosofía y errónea en la fe.»

A estas declaraciones acompañó mandamiento escrito, que intimó á Galileo el cardenal Belarmino, de no profesar en adelante la opinión condenada. Sin otro medio de librarse de tan inicua persecución, y de hacer patentes sus convicciones, Galileo lo prometió, y se apresuró á regresar á Florencia. Dueño de pensar libremente, no se creyó obligado á obedecer tan tiránico mandato y tan ofensivo á la razón y á la ciencia, y en honra de la una y gloria de la otra, y teniendo en menos su persona, lejos de cambiar de ideas sobre el movimiento de la tierra, y la rotación del sol, se consagró con mayor ardimiento á hacer triunfar este sistema de las preocupaciones que eran el mayor obstáculo á su adopción. Con este fin se ocupó de escribir una obra que pudiese al alcance de todos las verdades de que estaba penetrado. La forma de diálogo que dió á este trabajo favoreció la claridad de las ideas y la precisión de las pruebas. Dos personas de instrucción vulgar conversan con un tercero, llamado Simplicio, partidario acérrimo de la doctrina escolástica. Discuten los dos primeros interlocutores, y con calma y sin prevención buscan la verdad en medio de las encontradas opiniones. Sin admitir otra razón que la autoridad de su escuela, Simplicio ni admite discusión, ni examen, ni opinión contraria, y se presenta con todo el ridículo y aberraciones de un energúmeno que defiende doctrinas que no concibe, y acoge porque juzga superiores, y exclusivamente ciertas por la autoridad de quien las da por tales.

Grande fué el efecto que produjo la publicación de esta obra en 1632 (1). Aplaudida por las personas ilustradas, un grito terrible de indignación levantó contra su autor en sus desafectos. La mayor parte de los peripatéticos se creyeron personificados en Simplicio. El mismo papa (Urbano VIII) se creyó retratado, y desde entonces, conceptuándose ofendido en su amor propio, trocó en encono la estimación que profesaba y debía á Galileo. Fué delatada la obra á la Inquisición, y de nuevo fué citado y emplazado Galileo ante tan temible tribunal. En vano intercedieron por él elevados personajes, en vano instó el gran duque de Toscana, en vano le recomendaban su ancianidad y achaques. Nada pudo sustraerle de un juicio que se presentaba peligroso, y todo cedió á la autoridad del Santo Oficio. Después de un viaje penoso, debilitado por sus padecimientos, y agobiado por sus años, se presentó Galileo en Roma el 10 de febrero 1633. He aquí como refiere los detalles de su llegada y de su juicio.

«Llegué á Roma, dice en una de sus cartas, el 10 de febrero, recomendado á la clemencia de la Inquisición, y del sumo pontífice Urbano VIII, que particularmente me apreciaba, aunque yo no supiese rimar el epigrama, y el pequeño soneto amoroso (2), quedando arrestado, en fuerza del interés que tomó por mi suerte el gran duque de Toscana, en el suntuoso palacio de la Trinidad del Monte, residencia de su embajador. Al día inmediato me visitó el padre Lancio, comisario del Santo Oficio, y me condujo á este en su carroza. Me hizo varias preguntas en el camino, y me mostró el mayor desdén de que reparase el escándalo que había dado á la Italia sosteniendo el sistema del movimiento de la tierra, no respondiendo otra cosa á mis demostraciones matemáticas que el texto de la Escritura: *terra autem, etc.* En esto llegamos al Santo Oficio. Presentéme al asesor, acompañado de dos frailes dominicos, quien me hizo saber en forma compaciente ante la congregación á explicar mis opiniones, la misma que oiría mis descargos si me juzgase culpable. Parecí en efecto al jueves siguiente, y comencé á esponer mis razones. Pero no fueron comprendidas, ó no quisieron comprenderlas, y todos mis esfuerzos para hacerme oír se estrellaron ante su irracional intolerancia. Interrumpido á cada paso por sus furibundos gritos, no se me oponía sino el escándalo que había producido, sacándome siempre el milagro de Josué como el cargo incontestable y concluyente de mi condena. Recordé á propósito otro pasaje de los libros sagrados de conformidad con las ideas vulgares, pues que afirman que los cielos son sólidos, y tersos como una lámina de oro. Este ejemplo me pareció conveniente para probar que las palabras de Josué podían ser interpretadas del mismo modo que lo había sido este dicho, creyendo completamente exacta la consecuencia. Pero de todo se prescindió, y la única respuesta fué algunas veces imponerme silencio.»

Veinte días duraron los debates del proceso. Intimidado Galileo por el rigor que desplegaron los inquisidores, y que sucedió á las consideraciones que le tuvieron al principio, cansado, y sin esperanza de que

fuesen escuchados ni atendidos sus argumentos, cedió y casi abandonó su defensa. Trasladado á la embajada de Toscana el 30 de abril, se le permitió en atención á su debilidad respirar el aire puro de sus jardines. Llegó el 22 de junio, y fué conducido de nuevo á presencia del tribunal, para pronunciar solemnemente su abjuración. Hincado de rodillas ante los jueces este anciano ilustre, puestas las manos sobre los Santos Evangelios, inclinada su frente, mas que por su edad, por el dolor del acto, pronunció débilmente la siguiente abjuración:

«Yo, Galileo Galilei, á los 70 años de mi edad, preso por el Santo Oficio, humildemente prosternado ante vuestras eminencias, teniendo delante de mis ojos los Santos Evangelios, y tocándolos con mis manos, animado de una fe sincera, traspasado el corazón con mis pecados, y humillado mi espíritu á vista de mi debilidad, abjuro, maldigo y detesto la herejía del movimiento de la tierra y de la rotación del sol, y declaro, etc., etc.»

Después de esta abjuración, que le fué impuesta y dictada, y que repetía con voz ahogada palabra por palabra, pronunció la Inquisición su fallo. Fueron condenados al fuego los diálogos denunciados, y su autor á prisión ilimitada, obligándole como medio de purificar su alma, á rezar diariamente durante tres años los siete salmos de la penitencia.

Tal fué el juicio dictado por la Inquisición. Dícese con visos de verdad, que Galileo después de haber proferido su abjuración, dominado por el sentimiento de la injusticia que le hacía su siglo, protestó á media voz de tanta violencia, dando una patada en tierra, y diciendo: «*E pur si move, y sin embargo se mueve.*»

Aunque no está apoyado en testimonio auténtico, se ha dicho que fué puesto al tormento este sabio venerable, con quien tan injustos fueron sus contemporáneos. Avergonzada sin duda de su obra, mitigó un tanto la Inquisición el rigor de su sentencia. Sin devolverle la libertad, le trasladó al palacio del arzobispo de Siena, permitiéndole pasear sus soberbios jardines. De mucho consuelo sirvió á la ilustre víctima del fanatismo la sociedad del prelado, amigo suyo y discípulo. Agravadas sus dolencias, todavía su talento y sus virtudes inspiraron respeto á sus enemigos, y temiendo el baldón que muriese en sus manos un hombre tan grande y tan puro, le dejaron libre, aunque postrado, sometiendo su conducta á la vigilancia de la Inquisición. Algo reanimó aquella preciosa vida que se apagaba el aire de Florencia, pero debilitándose por grados, la vió extinguirse el día 9 de enero de 1642, á los 78 años de su edad. Llorado por sus amigos y discípulos, pronto lo fué también por todos los amantes de las ciencias exactas y naturales, á que dió tanto impulso, siendo con razón mirado como el creador de la filosofía experimental.

Y como si la Providencia tratase de reparar tan sensible pérdida, y se encargase de acreditar mas y mas las doctrinas de Galileo y de Copérnico, destruyendo el error, dió al mundo á Newton el mismo día.

F. NARD.

## CAUSA LLAMADA DEL SELLO REAL,

FORMADA EN 1814 CONTRA LOS MINISTROS

DE LA AUDIENCIA DE VALENCIA.

(Conclusion).

La viva curiosidad que había despertado en el público tan célebre proceso, hizo que la censura fiscal del señor Gutierrez de la Huerta fuese, antes de ser contestada por los ilustres acusados, objeto de las observaciones y comentarios de todas aquellas personas que, en sentido favorable ó adverso, se interesaban en la suerte de los ministros de la audiencia de Valencia. Los personajes políticos mas influyentes de la restauración de 1814, miraron con disgusto el dictamen del fiscal del Consejo, tan luego como supieron confidencialmente sus términos y pretensiones; porque, en su opinión, favorecían la causa de los procesados, estaban en contradicción con las anteriores censuras del ministerio público, y eran por último una transacción entre la absolución y la pena, un término medio para contentar á la vez á dos partidos políticos opuestos, el liberal, á que pertenecían los acusados, y el realista, que era el de sus enemigos y acusadores.

Si tan desdeñosa acogida prestó la camarilla cortesana al dictamen del fiscal del Consejo, tampoco fué recibido con aplauso por los amigos de los procesados: porque interesados estos eficazmente en el triunfo completo de la inocencia, suponían que el referido documento no llenaba todas las condiciones de la ley y de la justicia, ni acordaba en favor de los beneméritos magistrados del tribunal de Valencia, la digna y solemne reparación á que tenían derecho. La posición del fiscal del Consejo, era en verdad bien difícil y espinosa: y su notoria habilidad é indisputable talento no fueron en esta ocasión bastantes á salvarle del conflicto en que le colocaban, por una parte su grave ministerio, y por otra sus recientes compromisos políticos con el partido de quien se había declarado por aquel tiempo campeón ardiente y decidido.

No es posible servir á la vez á los intereses de la razón y de las leyes, y á las exigencias de las pasiones.

La causa de la justicia y la de la política, no suele ser una misma, y lo que aquella reconoce como sagrado y venerable, esta lo mira muchas veces como inconveniente y peligroso. He aquí por qué el documento de que hablamos tuvo tan mala suerte, lo mismo entre los adversarios que entre los amigos del célebre funcionario que lo había formado, después de cuatro meses de estudios y meditaciones.

La junta encargada de la instrucción y fallo de la causa, dió traslado de la censura fiscal á los procesados, para que, unidos ó separados segun mejor les conviniese, contestaran á ella.

Así lo verificaron en dos estensos y luminosos escritos de defensa que presentaron; uno de ellos suscrito por el procurador don José Fernandez de Caso á nombre del magistrado don Ramon Giraldo, y el otro por el que lo era igualmente don José Antonio Diaz, en representación del ministro don Manuel de Villafañe y de sus demas compañeros.

Es sensible que los reducidos límites de esta sección de nuestro periódico, no nos permitan hacer una exposición tan cabal y estensa como el asunto merece, de los dos importantes escritos de que hablamos; y en los que los ilustrados y beneméritos magistrados, objeto de la persecución judicial, se mostraron jurisconsultos eminentes, filósofos consumados, y sobre todo ministros pundonorosos y delicados, dignísimos de llevar en sus hombros la noble toga que vestían, y de desempeñar las augustas funciones de sacerdotes de la justicia. Procuraremos no obstante indicar, aunque sea ligeramente, los principales puntos que tocaron en ambos escritos los procesados.

Ante todo manifestaron, especialmente el magistrado Villafañe y sus compañeros, que alegaron en primer lugar, la contradicción que aparecía en el dictamen fiscal, en cuyo fondo se formulaban graves cargos contra los procesados, pidiéndose en su conclusión el sobreseimiento de la causa. Espusieron la repugnancia que envolvían tan opuestos extremos, lo cual demostraba, ó una extraña y reprehensible inconsecuencia en el señor fiscal, ó una convicción íntima de su ánimo acerca de la inocencia de los mismos, á quienes acusaba en el fondo de su censura.

Tal vez, tomando por punto de partida en sus reflexiones las últimas palabras del dictamen fiscal, hubieran podido los procesados ahorrarse la estensa y prolija tarea que acometieron y llevaron á cabo cumplidamente en sus defensas escritas; pero celosos de su reputación como ciudadanos y como magistrados, quisieron combatir la censura del ministerio público en todos los terrenos, sin permitir que el mas pequeño lunar empañase su buen nombre, ni rebajase en lo mas mínimo la dignidad de la magistratura, tan inconsideradamente atropellada en sus personas.

Fueron, pues, prolijos y hasta nimios, si se quiere, los ministros del tribunal de Valencia en la demostración de su inculpabilidad, y no hubo cargo por leve que fuese en el dictamen del señor Gutierrez de la Huerta, que no lo analizasen y combatieran victoriosamente.

En punto al primero de los cargos formulados por el fiscal sobre el descuido con que este suponía que procedieron los acusados en averiguar el paradero del sello mayor, y la facilidad con que habían permitido que se usase en las reales provisiones de sellos, acusados en seco de antemano, manifestaron los procesados que la audiencia, no solo no fué descuidada ó indolente en el cumplimiento de su deber en esta parte, sino que por el contrario, comisionó el fiscal, persona muy digna y de toda confianza por el ministerio que ejercía, para que recogiese todos los efectos pertenecientes al tribunal, cuya comisión cumplió aquel funcionario con la mayor actividad y celo, sin que los ministros hubieran tenido conocimiento de la pérdida del sello, hasta el 8 de enero de 1814, en que dispusieron la formación de otro nuevo, á condición de que el diseño fuese aprobado por el gobierno de S. M. Respecto á la existencia de los sellos en seco, espusieron los ministros que este cargo no les comprendía; puesto que dichos sellos se habían formado por disposición del regente que fué de la audiencia, don Manuel Mahamud, en lo cual ninguna intervención tuvieron los procesados, y que aun cuando se hubiese usado de estos sellos en su tiempo se había hecho así por lo extraordinario de las circunstancias, y por no retardar el curso de la administración de justicia.

Respecto al segundo cargo de haber dispuesto la formación de un nuevo sello, sin necesidad que la justificase, y sin previa orden del gobierno, manifestaron los acusados que la necesidad no podía ser mayor ni mas urgente, puesto que se había extraviado el sello mayor; y que en punto á la orden del gobierno, el tribunal había guardado á este, toda la consideración y respeto debido, acordando simplemente en su auto de 8 de enero de 1814, la formación de un simple diseño, para que, presentado que fuese á S. M., se dignase aprobarlo.

El tercer cargo relativo á haberse estampado en el diseño del nuevo sello emblemas y alegorías constitucionales, no era mas justo ni fundado que los anteriores: puesto que, ni los referidos emblemas envolvían agravio ni ofensa á la sagrada persona del monarca, ni tenían novedad alguna. En la orla del diseño se leían las palabras de Fernando VII por la gracia de Dios y de la constitución de la monarquía, rey de las Españas, y este mismo lema aparecía en la moneda, en el papel sellado, y en diferentes instrumentos públicos, por ser el sistema constitucional el que entonces regia,

(1) Dialogi quattro sopra i due massimi sistemi del mondo, Tolomaico, e Copernicano.

(2) El papa había rimado en muy malos versos algunos epigramas y descubrimientos astronómicos. Gustábase componer estas ligeras poesías, á que daba el nombre de piezas fugitivas.



y el que había sido jurado por el mismo monarca. Tan fútil é improcedente como los anteriores era el último cargo relativo á la ligereza con que dijo el fiscal que habían procedido los ministros del tribunal, dando desde luego crédito á la pérdida ó extravío del sello mayor, y prestando su aprobación á las diligencias que se formaron para justificar este extremo. Ya hemos dicho en otro lugar que la pérdida del sello, ocurrió según constaba en la causa, cuando la viuda del escribano de cámara don Manuel Fuster, fué robado en las montañas de Benisá: y habiéndose acreditado este hecho por medio de una justificación de testigos, los ministros creyeron de buena fé la pérdida del sello, sin que debieran tener ningún motivo racional y prudente para dudar en este punto.

Combatidos victoriosamente los cargos contenidos en la censura fiscal, los procesados examinaron con detenimiento la causa bajo el aspecto de las doctrinas jurídicas y de los principios del derecho que en su instrucción se habían desatendido: y demostraron que la delación de don Matías Antonio Herdara era falsa y calumniosa, y no debió haberse admitido jamás, sin obligarle antes á prestar la fianza correspondiente, para responder de una acusación tan grave, formulada contra personas dignas de alguna consideración y respeto, por el elevado ministerio que ejercían: que la falsedad y calumnia que dicha delación envolvía, se conocían desde luego, por las contradicciones en que el delator había incurrido, y por no haberse presentado al Consejo á sostener su acusación, á pesar de los llamamientos y citaciones que se le habían dirigido.

Finalmente los respetables acusados hicieron también mérito de cuantas declaraciones se habían consignado con amañó en los autos para perjudicarles, especialmente las del presbítero Cervera y del escribano Chiari, tan injustamente interpretadas por el señor fiscal del Consejo, y concluyeron demostrando que ni en los procedimientos resultaba cargo de ninguna especie contra ellos, ni podía menos la junta de absoluciones libre y honrosamente condenando al delator y á los testigos á las penas á que, según las leyes, se habían hecho acreedores por sus falsedades y calumnias, y acordando además que la sentencia definitiva de este proceso se insertase en la Gaceta del gobierno, para desagraviar por este medio á los acusados de las ofensas que habían recibido en su honor, con la formación de tan injustos é ilegales procedimientos.

Los escritos de que vamos hablando, no pudieron menos de ser acogidos por el tribunal instructor de la causa con la consideración que merecían sus incontestables datos y poderosos argumentos, por mas que las exigencias de la época y la razón de estado de aquel tiempo quisieran verle apartado del camino de la ley y de la justicia. Los respetables consejeros que componían la junta, se acordaron ante todo que eran los sacerdotes de esa divinidad augusta, ante cuyos ojos no hay acepción de personas, y venciendo los graves obstáculos con que las pasiones políticas se propusieron perturbar su ánimo, resolvieron administrar justicia en este proceso tal y como la comprendiesen. Anticipamos estas indicaciones, después de haber dado cuenta de los escritos presentados por los acusados, porque la sensación que produjeron aquellos en el ánimo de la junta, transpiró bien pronto fuera del recinto del tribunal; y así como el dictámen fiscal fué asunto de censuras y conversaciones públicas en ciertos círculos de la corte antes de ser contestado por los procesados, así también las impresiones que en favor de la justicia produjeron las defensas de los magistrados en el ánimo á la junta, no fueron tampoco un misterio para el público, y mucho menos para los acusados, que naturalmente procuraban inquirir y averiguar cuanto en el tribunal y fuera de él se sentía y se pensaba sobre su causa.

Sostenidos por esta consoladora esperanza en la rectitud de la junta, los desgraciados ministros del tribunal de Valencia, esperaban con alguna mas tranquilidad que antes el que se declarara concluso el proceso, y que se celebrara el acto solemne de la vista pública.

Instruido el fiscal de las defensas de los acusados se señaló para la vista el día 23 de abril de 1817 en la sala del Consejo llamada de Mil y quinientas, prolongándose el acto con algunas interrupciones hasta el día 7 de mayo. La vista pública de las causas en los tribunales superiores es siempre un acto imponente y grave, pero en esta ocasión lo fué mas todavía por las circunstancias de la época, por la calidad de la causa, y sobre todo por la clase y categoría de las personas procesadas. Aquí juzgaba un tribunal de justicia á otro que lo era igualmente: y los ministros que estaban sentados debajo del solio, tenían delante como reos, á otros compañeros suyos, á quienes las pasiones políticas de aquellos desgraciados tiempos habían colocado en una posición tan humillante é impropia de su alta dignidad.

Los procesados asistieron al tribunal vestidos de negro, y puestos en pié, y ostentando en sus semblantes la grave dignidad y mesura que correspondía á su inocencia, hicieron por sí mismos sus defensas verbales. El señor fiscal del Consejo, asistió á la vista los dos últimos días, notándose en su aspecto moral y en su significativo silencio la agitación en que se hallaba su ánimo, al ver delante de sus ojos á aquellas víctimas ilustres, á quienes tan injustamente había tratado en sus primeros dictámenes. Todos los procesados llenaron dignamente su objeto en aquel acto solemne; pero merece singular mención el discurso pronunciado por el res-

petable señor don Ramon Giraldo. Con dificultad podrá presentarse una pieza jurídica mas acabada que la defensa verbal que hizo de sí mismo y de sus demas compañeros en general, el íntegro y sábio magistrado del tribunal de Valencia á que nos referimos. Profundo y razonador en sus doctrinas legales y filosóficas, grave y respetuoso en sus formas, persuasivo y elegante en su estilo, noblemente apasionado en sus sentimientos, delicado y cortés en sus maneras, ora apacible y suave, ora enérgico y vigoroso en el tono y modulación de sus expresiones, el ministro don Ramon Giraldo, demostró que no en vano la magistratura española le apellidaba ya en aquellos tiempos uno de sus mas bellos ornamentos.

El señor Giraldo hizo del proceso un detenido análisis filosófico-legal, y demostró de la manera mas clara y evidente la injusticia de su formación, que jamás debió acordarse por una delación reservada, falsa en su esencia, y contradictoria y exagerada en sus pormenores. Pero donde mas feliz estuvo el benemérito ministro de la audiencia de Valencia, fué en la parte en que se propuso probar que la causa no tenía base ni fundamento en qué apoyarse, puesto que no había en ella delito de ninguna especie que mereciese el castigo de las leyes. Habiase dicho por el fiscal, que el cuerpo del delito lo formaba el famoso auto de 8 de enero de 1814, pero el señor Giraldo demostró con razones incontestables, que ni en su objeto ni en sus formas había en el referido auto nada que mereciese censura, y que los ministros del tribunal de Valencia al acordarle, habían usado de un derecho indisputable que ningún agravio ni desprecio envolvía contra el gobierno de S. M. de quien todos eran leales y respetuosos servidores.

En órden á la parte política y á las opiniones liberales por las que el fiscal hizo cargo á los procesados, el señor Giraldo manifestó al tribunal que ninguna persona había menos autorizada que el fiscal del Consejo para formularlo; puesto que, si tales opiniones eran delito, ninguno mas delincuente que el mismo señor fiscal, que había sido en las cortes de 1811 uno de los mas ardientes partidarios de la constitución y de la libertad, llevando su exaltación hasta el punto de haber querido restringir las facultades del monarca en el nombramiento de altos funcionarios, por no inspirarle confianza de que ejercería este derecho en beneficio de la nación. «Cotéjense, dijo con severidad el señor Giraldo, cotéjense los discursos del diputado don Francisco Gutierrez de la Huerta en las cortes con las respuestas del señor fiscal en esta causa, y con la conducta constante de Giraldo, fiscal del consejo de Navarra, oidor de Valencia, diputado y presidente de las cortes: véase el estado en que se hallan ambos, y podrá darse valor á la acusación y á la defensa.» Estas terribles palabras debieron ser para el señor fiscal del Consejo un dardo mortífero, pues encerraban una verdad muy dura y amarga para que pudiera producirse en aquella ocasión solemne y en aquel lugar sagrado, sin herir en lo mas vivo del corazón á dicho funcionario. El recordar al fiscal del Consejo en 1817 los méritos del tribunal popular en 1811, era lo mismo que consignar una protesta solemne y enérgica contra la acusación, y contra el que con tan singular incompetencia moral la había formado.

Concluida la defensa verbal del magistrado don Ramon Giraldo, correspondía al señor fiscal el uso de la palabra, para hacer la acusación *in voce*, y contestar á los procesados; mas sin duda su estado de agitación no le permitió usar de este derecho, y se limitó á manifestar que reproducía su acusación escrita.

Terminado este acto, la junta después de haber meditado detenidamente el proceso, desde el 7 de mayo en que concluyó la vista pública, hasta el 9 del mes siguiente, elevó á S. M. en esta última fecha una razonada consulta, haciendo en ella una esposición minuciosa de cuanto resultaba del expediente, y proponiendo la resolución que en su concepto debía adoptarse en justicia.

La junta, después de trazar la historia del proceso, con mas libertad y desembarazo en algunos puntos de lo que podía esperarse en aquellos tiempos de intolerancia, no pudo menos de reconocer, por un acto de justificación é imparcialidad sobremanera honroso para los magistrados que la componían: 1.º Que la delación de don Matías Antonio Herdara era indigna de crédito y 2.º que el acuerdo del tribunal de Valencia de 8 de enero de 1814 disponiendo la formación de un nuevo sello, no era un verdadero delito, en cuya virtud pudiese imponerse justamente pena á los acusados.

Hizo la junta particular mérito de los distinguidos servicios y circunstancias de los procesados, y de las pruebas de lealtad que habían dado hácia la persona del monarca, en la época de la invasión francesa; y concluyó manifestando, que «teniendo en consideración cuanto de la causa resultaba, y también las vejaciones personales que habían sufrido los acusados, en «cerca de dos años que aquella pendía, la nota pública «que padecían en su opinión, los gastos que en sus arrestos, conducción á esta corte y formación del proceso «se les habían originado, y finalmente el decoro de la «dignidad de la magistratura que exigía imperiosamente ser respetada, y además otras consideraciones «de interés público, juzgaba que los ministros del tribunal de Valencia debían ser restituidos á sus respectivas plazas, con la integridad en el goce de sus «sueldos en la parte que dejaron de percibir, á virtud «de la real órden que había motivado este proceso, de-

«clarándoseles además la antigüedad que les correspondía al tiempo de su suspensión, y acordándose expresamente que la formación de esta causa no les debía inferir nota alguna que pudiera oscurecer, ni hacer «desmerecer sus anteriores buenos servicios para sus «ascensos en su carrera.» En punto al fiscal de la audiencia señor Vizman y al escribano de cámara Caballer, la junta fué algo severa, siendo de dictámen «que se les repusiese igualmente en sus respectivas «plazas, pero apercibiéndoles para que en lo sucesivo «fuesen mas exactos, y no cometieran las informalidades que, en opinión de la junta, existían en el expediente en que ambos intervinieron para recoger los «efectos pertenecientes al tribunal de Valencia.»

Elevada á S. M. tan prudente y razonada consulta, en la que, si bien aparecen ciertos extremos tocados con alguna ligera prevención hija de las circunstancias políticas de aquella época, también se consignan con dignidad los mejores principios y doctrinas de derecho, en apoyo de la verdad y de la justicia, parecía natural y corriente que la resolución del gobierno de S. M. había de ser tan satisfactoria y honrosa para los ilustres procesados cual cumplía á su inocencia y á su elevado carácter de magistrados de un tribunal superior. Tales eran las esperanzas de estos, y las de todas aquellas personas, que amantes de la justicia, compasivas con la desgracia, y celosas del prestigio de la toga española, aguardaban por momentos la definitiva resolución de tan ruidosa causa. Hízose esperar esta no poco: pues como el poder de la razón y de la verdad es siempre grande, y la causa de la justicia impone por lo comun respeto aun á los mismos que la atropellan, fué preciso sin duda sostener alguna lucha en las altas regiones del poder para resolverse á separarse de la consulta de una comision compuesta de personas respetables, que por su calidad de consejeros de Castilla, y por sus opiniones políticas nada sospechosas en verdad para el trono absoluto y para sus apasionados defensores, tenían derecho á que su opinión, se considerase tanto mas imparcial y justa, cuanto que se trataba de sugetos que podían considerarse como sus adversarios en política. Sin embargo, las pasiones irritadas nunca transijen en contiendas de esta naturaleza, y era preciso para que aquellas triunfaran en la lucha, que los beneméritos magistrados á quienes innobles sentimientos habían señalado desde su principio como víctimas de la época, fueran al fin sacrificados con mas ó menos rigor y severidad.

La resolución del gobierno de S. M., fecha 30 de setiembre de 1817, fué que *se sobreescribiese en la causa, jubilando con las dos terceras partes de su sueldo á los ministros de la audiencia de Valencia don Manuel Villafañe, don Ramon Giraldo, don José Alonso, don Francisco Gutierrez Sossa, don Francisco Alonso Berenguer, y don Juan Andrés de Segovia, y deslirando respecto al fiscal don Antonio Saenz de Vizmanos y al escribano don Manuel Caballer y Muñoz, á lo propuesto por el fiscal del Consejo, de que se jubilase el primero con la tercera parte de su sueldo, y que al segundo se le impusiesen por vía de corrección seis meses de suspensión de oficio.*

Ya hemos dicho en el curso de la historia de este proceso, que formaba un singular contraste la petición del fiscal con la resolución de S. M. que acabamos de indicar. Mayor todavía es el que aparece entre esta última, y la razonada consulta de la comision, en la que se hizo aun mas cumplida justicia á los procesados. La magistratura española debió estremecerse al saber este fallo, que tanto rebajaba su prestigio á los ojos del público; pero así cumplía á los planes de los cortesanos lisonjeros que tenían preocupado el ánimo del monarca, y este, sin considerar sin duda el daño que esta resolución podía inferir á los tribunales de justicia, la mas respetable de las instituciones sociales, descendió con las exigencias de aquellos, y mandó llevar á cabo el sacrificio de los que habían sido en épocas críticas y peligrosas tan leales servidores de su trono como nobles y esforzados defensores de la patria: Al decir que se sacrificó con esta resolución de S. M. á los procesados, no atendemos á la gravedad de la pena; consideramos solo que se les impuso la jubilación como un castigo, y que el castigo, por leve que sea, es siempre terrible y doloroso, para quien lo sufre inocente. La opinión de los hombres imparciales y rectos, hizo sin embargo justicia á estos respetables varones; y el tiempo, á quien está reservado el rectificar los errores y reparar los agravios que se cometen en épocas de agitaciones políticas, hizo que en años posteriores fuese para ellos el recuerdo de este célebre proceso un título de gloria y merecimiento.

F. P. DE A.

## DOS PERIODOS HISTÓRICOS.

CARLOS I.—LUIS XVI.

En estos ligeros apuntes solo vamos á consignar algunas reflexiones, aunque ligeras, acerca de estas dos grandes revoluciones, análogas hasta cierto punto en sus resultados, aun cuando con distintas tendencias, si bien en ambas los representantes del poder real fueron decapitados.

La revolucion francesa sobrepasó á la de Inglaterra; pueden considerarse las dos revoluciones como



dos grandes victorias conseguidas en una misma guerra y en provecho de una misma causa; la gloria es común á entrambas, y se realzan una á otra lejos de eclipsarse; pero tememos que se forme una idea falsa de su verdadero carácter y que no se le dé el lugar que le conviene en la historia del mundo.

Si hemos de dar crédito á una opinion muy extendida en la actualidad, parece que estas dos re-

yes ó impuestos, y el derecho de resistencia á mano armada, entran en el número de los principios constitutivos del régimen feudal, y la iglesia ha repetido mil veces estas palabras de San Isidoro, que se encuentran entre los cánones del cuarto concilio de Toledo: «Es rey el que rige á sus pueblos con justicia; si lo hace de otro modo dejará de ser rey.» Han atacado los privilegios y trabajado por introducir alguna igualdad mas en el orden social; otro tanto han hecho los reyes en toda Europa, y hasta nuestros días los progresos de la igualdad civil se han fundado en las leyes y se han medido por los progresos de la monarquía. Han pedido que los cargos públicos estuviesen al alcance de todos los ciudadanos, que se distribuyesen únicamente con arreglo al mérito, y que el poder se confiase al mas digno; pues ese es el principio fundamental de la constitucion de la iglesia, que no tan solo le ha puesto en práctica, sino que le ha profesado siempre abiertamente. Bien se consideren las doctrinas generales de las dos revoluciones, bien las aplicaciones que de ellas han hecho, trátase del gobierno del estado ó de

lares ó que por lo menos no hayan nacido en ellos. Pero algo mas nos queda que decir. Los principios,



Despedida de Carlos I, antes de ser decapitado.

los designios, los esfuerzos que se atribuyen exclusivamente á la nuestra, no solamente son muchos siglos anteriores á ellas, sino que son los mismos principios y esfuerzos á que debe todos sus progresos la sociedad en Europa. ¿Tomó acaso parte en el desarrollo de las naciones la aristocracia feudal por medio de sus desórdenes y privilegios, por la brutalidad de su fuerza y por el abatimiento en que se hallaban los hombres bajo su yugo? No; pero luchó contra la tiranía regia; usó del derecho de resistencia, y mantuvo las máximas de la libertad. ¿Por qué cosas han bendecido los pueblos á los reyes? ¿Ha sido por sus pretensiones de derecho divino y de poder absoluto, por sus prodigalidades, por el fausto de sus cortes? No por cierto; pero los reyes atacaron al régimen feudal y al privilegio aristocrático; introdujeron la unidad en las leyes y en la administración, y favorecieron los progresos de la igualdad. Y al clero ¿de dónde le ha venido su fuerza? ¿Cómo ha concurrido á la civilización? ¿Ha sido separándose del pueblo, asustándose de la razón humana, sancionando en nombre del cielo la tiranía? No tal; pero ha reunido y mezclado sin distincion en sus iglesias, y bajo la ley de Dios, á los pecadores y á los grandes, á los débiles y á los fuertes; ha honrado y cultivado el saber, ha instituido escuelas, favorecido la propagación de las luces y la actividad de los espíritus. Pregúntese á la historia de los señores del mundo; examínese el influjo de las diversas clases que han decidido de su suerte, y donde quiera que se presente algun bien, donde quiera que una larga gratitud de los hombres atestigüe un gran servicio hecho á la humanidad, allí se verá que se ha dado un paso hácia el fin que se propusieron la revolucion de Inglaterra y la de Francia, allí se encontrará alguno de los principios que han querido hacer prevalecer.



Cromwell.

voluciones hayan sido sucesos muy extraordinarios, emanados de principios inauditos y concebidos con designios increíbles; sucesos que han hecho salir á la sociedad de sus sendas antiguas y naturales, especie de huracanes, terremotos, de esos fenómenos misteriosos que nada tienen de común con las leyes conocidas por los hombres, y que estallan de repente como un golpe de estado de la Providencia, acaso para destruir ó acaso para rejuvenecer. Amigos y enemigos, panegiristas y detractores, todos usan en ese punto el mismo lenguaje; á juicio de unos, esas crisis gloriosas han dado lugar por primera vez á la verdad, la libertad y la justicia, pues ante todo era absurdo, iniquidad, tiranía, y solo á ellas debe el género humano su salvación; según otros, esas catástrofes deplorables han interrumpido una larga época de sabiduría, virtud y felicidad; sus autores han proclamado máximas, manifestado pretensiones y cometido atentados inauditos hasta entonces; los pueblos en un arrebato de locura se han separado del camino que siempre habían seguido y han abierto bajo sus pasos un precipicio. La Inglaterra decapita á su rey Carlos I, Cromwell lo dispone, y el pueblo en su mayoría da tácitamente su consentimiento; la Francia conduce al suplicio á su soberano Luis XVI, á su esposa la reina, y la muchedumbre aplaude estos bárbaros atentados con alegría infernal.

Así, ya sea para celebrarlas, ya para dolerse de ellas, para maldecirlas ó para colmarlas de bendiciones, todos convienen en olvidar el resto de los tiempos á la vista de esas revoluciones, en aislarlas absolutamente de lo pasado, en hacerlas responsables del destino del mundo, y en querer que recaiga sobre ellas todo el anatema ó toda la gloria.

Tiempo es ya de ir desechando esas engañosas y pueriles declamaciones.

Lejos de haber alterado el curso natural de los sucesos en Europa, ni la revolucion de Inglaterra, ni la francesa, han dicho, han querido, han hecho nada que no se hubiese dicho, hecho, deseado ó intentado cien veces antes de su explosión. Han proclamado la legitimidad del poder absoluto; mas el libre consentimiento en materia de le-

la legislación civil, de las propiedades ó de las personas, de la libertad ó del poder, no se hallará nada cu-

mente á la nuestra, no solamente son muchos siglos anteriores á ellas, sino que son los mismos principios y esfuerzos á que debe todos sus progresos la sociedad en Europa.



Luis XVI en la guillotina.

ya invencion les pertenezca, nada que no se encuentre del mismo modo en los tiempos que llaman regu-

los trabajos á que el hombre ha debido en todos tiem-



pos el desarrollo de su naturaleza y la mejora de su suerte; han hecho todo aquello que alternativamente

ciones, sus leyes, sus costumbres, sus sentimientos y sus ideas. Sin embargo, estos señores feudales pe-

zon, de justicia y de humanidad. El que no ocupaba algún puesto en la gerarquía feudal no tenía mas asilo que las iglesias ni mas protectores que los clérigos, y aunque insuficiente era inmensa esta protección, porque era sola; además los eclesiásticos eran los únicos que ofrecían algún alimento á la naturaleza moral del hombre, á la necesidad de pensar, de saber, de esperar y de creer, necesidad invencible que triunfa de todos los obstáculos y sobrevive á todas las desgracias. La iglesia adquirió bien pronto en toda Europa un poder prodigioso; la naciente monarquía le dió nueva fuerza concediéndole su apoyo, y la preponderancia pasó de las manos de la aristocracia conquistadora á las del clero.

Con la alianza de la iglesia y por su propia virtud, creció la monarquía y se elevó sobre sus rivales, mas apenas la auxilió el clero cuando quiso dominarla. En este nuevo peligro llamó la monarquía en su favor, ya á los barones que habían llegado á ser menos temibles, ya con mas frecuencia á los ciudadanos, al pueblo que era ya bastante fuerte para servir con utilidad, y no lo era tanto que pudiera poner un elevado precio á sus servicios. Por su medio triunfó la monarquía en su segunda lucha, y á su vez llegó á ser el trono el poder dominante y revestido con la confianza de las naciones.

Tal es la historia de la Europa antigua; la aristocracia feudal, el clero y el trono la han dominado alternativamente, y presidido uno despues de otro á su destino y progresos. A su coexistencia y á su lucha ha debido por mucho tiempo toda la libertad, toda la prosperidad, todas las luces que ha ido adquiriendo, es decir, el desarrollo de su civilización.

En el siglo XVII en Inglaterra, y en el XVIII en Francia, habia cesado toda lucha entre los tres poderes que vivían juntos en una sosegada paz; casi puede decirse que habían perdido su carácter histórico y hasta el recuerdo de los trabajos que habían constituido en otro tiempo su fuerza y su brillantez. La aristocracia no defendía ya las libertades públicas, sino las suyas propias; la monarquía no trabajaba por la abolición del privilegio aristocrático, antes parecía que se mostrase favorable á los que poseían este privilegio en pago de su servilismo; el clero, en fin, poder espiritual, tenía miedo del espíritu humano, y no sabiendo ya dirigirle, le intimidaba con amenazas que se detuviese. Entre tanto la civilización seguía su carrera, cada vez mas general y activa, y el pueblo, abandonado por sus antiguos gefes, sorprendido de su apatía, de su mal humor, y de ver que se hacia menos en su favor á medida que crecían sus fuerzas y sus deseos, llegó á pensar que le correspondía manejar sus negocios por sí mismo, y encargándose él solo de todos los papeles que medio desempeñaba, reclamó á un mismo tiempo la libertad contra la corona, la igualdad contra la aristocracia, los derechos de la inteligencia humana contra el clero. Entonces estallaron las revoluciones, que hicieron en beneficio de un nuevo poder lo que en Europa se habia visto ya varias veces; dieron á la sociedad los gefes que querían y podían dirigirle en la carrera del progreso. Solo bajo este titulo habían poseído alternativamente la preponderancia, la aristocracia, la iglesia y la corona; el pueblo se apoderó de ella en virtud del mismo derecho, por los mismos medios, y en nombre de las mismas necesidades.

Tal es la obra verdadera, el carácter dominante



ORTEGA.

Maria Antonietta.

ha constituido el mérito y la gloria del clero, de la nobleza y los reyes.

No imagino que nadie se obstine por mas tiempo en considerarlas absolutamente, porque se hallan atestadas de errores, desgracias y crímenes; en esa parte debe concederse á sus adversarios cuanto quieran, ser aun mas severos que ellos, no mirar á sus acusaciones sino para añadir lo que hayan olvidado en ellas, y despues emplazarlos para que formen tambien el catálogo de los errores, crímenes y males de esos poderes que han tomado bajo su protección. Dudo mucho que acepten el desafío.

Se quiere saber en qué se diferencian las dos revoluciones de las demás épocas, y qué es lo que hace que si bien han continuado la obra común de todos los siglos, han merecido su nombre y cambiado en efecto la faz del mundo? Pues es lo siguiente.

Diversos poderes han dominado sucesivamente en la sociedad europea y marchado alternativamente á la cabeza de la civilización. Despues de la caída del imperio romano y de la invasión de los bárbaros, en medio de la disolución de todos los vínculos y de la ruina de todos los poderes, la dominación debía pertenecer en todas partes á la fuerza brutal y atrevida; la aristocracia conquistadora se apoderó de todo, hombres y tierras, pueblo y país. En vano quisieron algunos grandes hombres, como Carlo-Magno en Francia, y Alfredo en Inglaterra, someter aquel caos á la unidad del régimen monárquico, toda unidad era imposible. La gerarquía feudal fué la única forma que quiso aceptar la sociedad, y esa forma lo invadió todo, así la iglesia como el estado: los obispos y abades se hicieron barones, y el rey no fué otra cosa que el primero de los señores. Mas por grosera y vacilante que fuese aquella organización, á ella debió la Europa sus primeros pasos para salir de la barbarie, pues la civilización europea empezó entre los propietarios de feudos, por sus rela-

saban horriblemente sobre los pueblos, y solo el clero trataba de reclamar en favor de todos un poco de ra-

de la revolucion de Inglaterra, así como la de Francia; mas despues de haberlas considerado como absoluta-



ORTEGA.

Maria Antonietta, conducida al suplicio.



mente semejantes, se ha querido suponer que no tenían de común sino la apariencia. La primera, han dicho, fué política mas bien que social; la segunda quiso cambiar á un mismo tiempo la sociedad y el gobierno; la una buscó la libertad, la otra la igualdad; la una aun mas religiosa que política, no hizo otra cosa que sustituir un dogma á un dogma, una iglesia á una iglesia, la otra esencialmente filosófica, reclamó la completa independencia de la razón. Comparacion ingeniosa y que no carece completamente de verdad, pero que es casi tan superficial, casi tan frívola como la opinion que pretende reformar.

Pero seguramente la diferencia es grande, y es menester que se tome en cuenta, y se nota sobre todo cuando se consideran las dos revoluciones en sí mismas, como sucesos aislados separándolas de la historia general, y estudiando su fisonomía propia, su carácter individual.

No pienso llevar mas allá mis observaciones, que he aventurado tan solo para dar á conocer mejor cuán profunda es la analogía de las dos épocas, y para explicar al mismo tiempo como puede un francés creer que la historia de la revolucion inglesa no se ha escrito todavía de una manera bastante satisfactoria.

GUIZOT.

## SEMANA LITERARIA.

### LA VIDA POR UN CAPRICHIO.

LEYENDA ESCRITA SOBRE UN EPISODIO HISTÓRICO DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA.

#### CAPITULO I.

##### Virgen y mártir.

Las tropas del invicto emperador habian entrado vencedoras en la ciudad eterna: la bandera de Castilla flameaba en los torreones de Sant Angelo. Roma habia visto á una soldadesca desenfrenada profanar su sagrado recinto.

Gefes y soldados, en medio de la embriaguez de la victoria procuraban descansar de las duras fatigas del combate en brazo de las bellas hijas del Lacio. Al estruendo del cañon, á los gemidos de los moribundos, habianse sucedido las dulces trovas y las tiernas pláticas de amor al rayo de la luna.

La apuesta juventud castellana, ávida de placeres, y altagrada por el plácido cielo, por la atmósfera tibia y embalsamada de la voluptuosa Italia, se adornaba al arrullo de sus caricias, y entrelazaba los mirtos y las rosas á la guirnalda de laureles que ceñía su altiva frente.

Desdeñando las conquistas vulgares, únicamente los obstáculos, los peligros, las dificultades que habia que vencer, conmovian su imaginacion y enardecian su pecho. Ella levantaba su pensamiento á la altura de su espada.

La proverbial galantería española, su espíritu caballeresco y apasionado, encontraban ancho campo para desarrollarse en la antigua ciudad de los Césares, reina destronada tendida sobre el manto de sus pasadas glorias, y condenada siglos hace, á sofocar sus lágrimas y lamentos entre los brindis de una eterna orgía, y á dejarse arrebatar la flor de su pureza, tan pronto por los salvajes hijos del Norte como por sus propios hermanos.

Algunos de los principales jóvenes de los tercios españoles, los mas gallardos, los mas valientes y enamorados, habian hecho una apuesta, propia de cabezas no maduras aun por el hielo de los años, y que revelaba la excesiva confianza que tenian en sus personas y en sus medios de seducción.

Habia entonces en Roma una muger célebre por su belleza, por los rumores que circulaban acerca de ella, y sobre todo, por su carácter escéntrico y original. Gemma di Portici, hija de un conde napolitano, cuyo preclaro origen corria parejas con su colosal fortuna, y que se habia fugado de la casa paterna á la edad de diez y ocho años, para seguir á un capitán de húsares del que se separó al día siguiente sin querer aceptar su mano.

Refugióse á casa de una tia suya que estaba enemistada con su padre, y allí permaneció oculta cuatro meses, y mas tiempo hubiera permanecido, á no acontecerla una desgracia que decidió de su porvenir.

Ella temiendo la cólera del autor de sus dias, habia hecho correr la voz, y todos creian que habia pasado á Francia con su raptor, el cual desapareció, obligado á ausentarse de Italia donde era fácil le alcanzase la venganza de la poderosa familia de Gemma; y el conde, al saber la locura de su hija, cayó enfermo y murió al cabo de cuatro meses.

Tanto era su cariño á Gemma, que no pudo resolverse á maldecirla ni á desheredarla, como la habia amenazado en varias cartas que la escribió, exortándola á que volviese á su lado, prometiendo perdonarla y unirla al hombre que amaba, por humilde y despreciable que fuese.

Desgraciadamente estas cartas no llegaron á manos de su hija: si las hubiera recibido, al punto habria volado á sus brazos.

Dueña de una fortuna inmensa, menos grande que su hermosura, se dirigió á Nápoles, hizo entender á su tutor que estaba casada, y una vez arreglados sus asuntos, determinó irse á otra ciudad donde no la conociesen.

Empeño inútil!... escogió á Roma, y cuando llegó, llegó precedida de la fama que siempre produce todo lo que preocupa fuertemente la atención pública sea bueno ó malo. Se instaló en un magnífico palacio, y abrió sus salones á todos los que quisieron frecuentarlos.

Jóven, rica y hermosa, al punto se grangeó las simpatías de todos: su supuesto deslíz era un nuevo cebo para la multitud, y como es de suponer, numerosos adoradores acudieron en tropel á ofrecerle sus desinteresados respetos.

Gemma los recibia con la sonrisa en los labios: dejaba que la enamorasen hasta que se mostraban demasiado exigentes ó importunos. Entonces los desengañaba con la mejor gracia del mundo.

—Amigo mio, les decia, os habeis equivocado. No soy lo que pensais.

Si insistia el interesado, le contestaba estas palabras solemnes, sacramentales, que no dejaban lugar á apelacion y convencian hasta á los mas rebacios é incrédulos.

—¡Es imposible, de todo punto imposible!

Ni el talento, ni la fortuna, ni la posicion social, ni la elevada alcurnia, ni las prendas físicas ó morales de sus amantes, pesaban nada en la balanza de sus juicios. Estravagante como no lo ha sido jamás muger alguna, daba margen á cada momento con sus fantasías, á que la opinion pública la atribuyese muchas faltas que no existian sino en apariencia. Decíase que unas veces amaba por sentimiento, otras por satisfacer una necesidad de su fogosa naturaleza, no pocas por vanidad, y la mayor parte, por un capricho efímero que se desvanecía tan pronto como tocaba la realidad.

Difícil seria comprender, añadian, y mas difícil todavía, imposible, explicar por causas naturales, el verdadero motivo que la decidia de año en año, el aniversario de su primer deslíz, á convertirse en cortesana.

Y siguiendo la murmuración su tegido de fábulas, repetia que era imposible explicarlo, porque su conducta luego era realmente incomprensible. El nuevo amante, el mortal venturoso por veinte y cuatro horas, perdía al día siguiente todos sus derechos; era equiparado con los demás, y ni ruegos, ni protestas ni lágrimas, podian cambiar la incontrastable voluntad de Gemma.

Pero la verdad era que nadie hasta entonces habia conseguido nada de ella, á pesar que ninguno creia en su virtud. Cada cual imaginaba que alguno de sus rivales era el favorecido, y como nunca faltan fatuos que se alaben y necios que conviertan en realidad sus deseos burlados, la pobre Gemma, sin merecerlo, tenia la reputacion de una Mesalina. Era en una palabra *Virgen y mártir*.... de la maledicencia.

Porque en su grosero materialismo, con los antecedentes que mediaban, no podian concebir los hombres, como aquella muger, iniciada ya en los misterios del amor, tan jóven, tan bella, tan apasionada á veces, se mostraba tan indiferente á la felicidad, tan cruel con los que la adoraban con todas las fuerzas de su alma, y se resignaba tranquilamente á pasar los años mas halagueños de su vida en la soledad y el tedio, y á ver marchitarse su belleza y sus ilusiones sin beber en la áurea copa que la brindaba el placer, colmada hasta los bordes de fácil ventura.

Cada uno en particular, y todos en general, perdíanse en conjeturas y ninguno acertaba con la razon de sus desdenes. Gemma era un enigma, un geroglífico mudo, que nadie alcanza á descifrar por mas que mire y torne á mirar, volviéndolos de abajo á arriba, de derecha á izquierda, de un lado y otro, los misteriosos caracteres trazados en él.

Y sin embargo, la razon era muy sencilla, tan sencilla que de puro sencilla se escapaba á la lógica y al raciocinio comun. La hermosa napolitana habia amado con delirio al hombre, origen de su desgracia, y sufrido el mas acerbo desengaño que puede sufrir una muger sensible, bella y amante. El infame anhelaba solo sus riquezas, y su fingido cariño habia sido únicamente un vil cálculo. Era además villano en sus sentimientos, brutal é insoportable en su trato. Ella lo conoció en una larga conversacion que tuvieron la misma noche de su fuga, y llena de indignacion, avergonzada de haber mancillado su nombre y acibarado los dias de su padre por un hombre semejante, se alejó al punto de él.

Entonces juró no casarse jamás ni amar á ningun hombre, y para no caer algun dia en la tentacion de quebrantar su juramento se propuso adoptar el sistema que hemos indicado.

Perdida ya en el concepto del mundo, quiso al mismo tiempo que se rehabilitaba á sus propios ojos, envilecerse mas y mas á los de aquellos que pudiesen hacerla variar de resolucion: quiso marcar su frente con sello perdurable de infamia y sacrificar en aras de su reposo y de su independencia, la incierta felicidad que acaso la guardaba aun la providencia: quiso, para llevar adelante su propósito y no desmayar en él; para avivar las llagas mal cicatrizadas de su pecho, quiso imponerse el duro suplicio de escuchar diariamente las impertinencias de los necios, y las lisonjeras expresiones de los discretos, y desengañarlos no bien pretendian ver realizadas sus locas esperanzas; y si se

empeñaban en perseguirla, cerrarles sus puertas, arrojarlos lejos de sí, como se arroja un libro que nos ha distraído un rato, y apenas satisfecha la curiosidad nos cansa, nos pesa haber malgastado el tiempo en su lectura.

Tal proceder no era hijo de su mal corazon: el fondo de Gemma era excelente, y por eso temia cobrarle cariño, ceder insensiblemente á su piedad, si dejaba que alguno tomase el mas leve predominio sobre sus ideas y sentimientos.

A fuerza de pensar en esto, llegó con el tiempo á ser en ella una especie de monomanía. Oculta enagenacion mental, secreta afeccion del alma que no se revelaba por signos exteriores, y que no obstante existia latente en su espíritu, como la atraccion en el iman, como el fuego en la pólvora, como los sonidos en las cuerdas de un instrumento musical.

Ahora bien, los jóvenes de que hicimos mencion al comenzar nuestra historia, habian apostado una crecida suma á quien conquistaba primero el amor y obtenia una cita de aquella beldad tan celebrada, de la que se contaban cosas tan singulares y á quien la voz general designaba como una cortesana, conviniendo todos en que era la muger mas rara y original que existia debajo de las estrellas....

¿No teneis curiosidad, queridísimas lectoras, de saber el resultado de esta apuesta? francamente ¿no os agradaria, caros lectores, averiguar si hubo alguno que la obligó á mudar de propósito? ..

Si quereis salir de dudas, seguidme hasta los primeros párrafos del capítulo segundo.

#### CAPITULO II.

##### ¿El ó yo?

Daban las doce de la noche en el reloj del Vaticano, y en un elegante gabinete de un palacio á orillas del Tiber, se veia á una muger silenciosa y meditabunda sentada en una otomana y envuelta en una capa de pieles.

La tenue luz de una bugia, cubierta con una pantalla azul, y colocada encima de una consola inmediata argentaba las líneas artísticas de su bellísima fisonomía, que resaltaban puras y graciosas entre el claro-oscuro producido por la sombra de sus negros cabellos que caían en mil perfumados rizos sobre su seno alabastrino, orlando su rostro encantador como una guirnalda de azabache.

Reclinado el brazo sobre un extremo de la consola, apoyada la sien en la palma de la mano, la mirada distraída vagando de la alfombra á las sillas, de las sillas á las paredes, de las paredes á los cuadros, de los cuadros al techo y del techo á la superficie de la mesa, donde habia un libro abierto que probablemente leia poco antes, parecia aguardar á alguien entregada á penosas reflexiones é impacientarse á medida que pasaba el tiempo.

El ángel de la tentacion no es mas bello que aquella muger meditando en aquella actitud y en aquel solitario retrete, á la incierta luz de aquella lámpara desmayada, que pudorosa minoraba su brillo, cual si deseara prestar audacia á dos tímidos amantes para consumar su ventura.

La hermosa en tanto mas inquieta cada vez, tornaba á pasear sus miradas en torno de si.... de repente, herida de un pensamiento doloroso, quedóse inmóvil con los ojos clavados en la alfombra.

Repentino fulgor animaba sus brillantes pupilas; alguna imperceptible arruga resbalaba en su tersa frente; sus labios de coral se entreabrian á intervalos y dejaban escapar un leve suspiro; veíase subir la sangre por las azules venas de su cutis trasparente, y agolparse en los graciosos hoyuelos de sus mejillas sonrosadas.

Entonces un sentimiento de orgullo y despecho comunicaba á sus grandes ojos negros, altivos y avasalladores en su estado normal, una indefinible expresion de enojo y ternura, de amor y melancolía; estremeíase el arco perfecto de sus cejas de ébano, y corría una ardiente lágrima al través de sus largos párpados....

—¡No viene! murmuró con amargura, viendo que habia transcurrido mas de media hora desde que sonaron las doce campanadas en el Vaticano; ¡no viene! ¡sin duda me desprecia! ¡Oh! ¡esto es atroz!

Y no pudiendo contener ya por mas tiempo su impaciencia, tomó una campanilla de plata y la sacudió con ira.

Una viejezuela apareció en el umbral.

—¿Qué quereis, señora? dijo, echando una significativa mirada al rededor, como para explicarse la causa del enojo de su ama.

—¿Qué he de querer? contestó Gemma precipitadamente ¿no lo adivinas?...

—¡Ah!... comprendo.... ¿no ha venido el capitán?

—¡No! no ha venido, Bettina, repuso la condesa, hiriendo el suelo con el pié, apoyando el codo sobre la consola, y la barba en el extremo de la mano cerana.

—Es singular, añalió la vieja con asombro; puede ser que algun lance imprevisto, alguna ocurrencia muy grave le haya impedido venir.

—¿Tú lo crees así?

—Seria una insensatez atribuirlo á otra causa. No es posible que tan gentil caballero os hiciera un desprecio, mucho mas ignorando vuestras verdaderas intenciones. Tal vez....



—¿Qué? preguntó Gemma con ansiedad.  
—Tal vez su criado no le haya entregado vuestro billete.  
—En efecto.... bien puede ser.... exclamó la bella ofendida titubeando; pero de todos modos, yo necesito salir de dudas al instante, sufro horriblemente, corre, anda á su casa, y procura hablar con su criado. Por fortuna vive bien cerca de aquí.  
—Pero, señora, ¿ved que es mas de media noche!...  
—Mejor, todavía no habrá vuelto. Aficionado como es al juego, acostumbra retirarse muy tarde.  
—Pero, señora, considerad..... replicó la vieja, que tenia miedo de atravesar las calles á aquella hora.  
—Yo lo quiero, Bettina; dijo la condesa con altivez. No repliques, haz lo que te mando.  
La vieja salió refunfuñando, y su ama, presa de mil sentimientos encontrados, volvió á sentarse en la otomana.  
No habian trascurrido veinte minutos cuando el suave crugido de un resorte que servia para abrir una puerta secreta incrustada en el fondo del gabinete, vibró agradablemente en el corazón de la hermosa, llenándola de turbación y alegría, y haciéndola arrepentirse de su precipitación.  
Un embozado, cubierto el rostro con un antifaz, se adelantó hasta ella.  
—Perdonad, señora, si no he venido antes, dijo inclinándose y quitándose el sombrero.  
—¿Dios mío! exclamó la condesa azorada, al escuchar su acento, é incorporándose velozmente, como el enfermo que en el ardor de la fiebre cree ver un fantasma sentado en el borde de su lecho; ¿Dios mío, esta voz no es la suya!....  
El desconocido la contemplaba en silencio con los brazos cruzados: sus ojos despedían llamas al través de las dos cóncavas hendiduras de su negro antifaz.  
—¿Quién sois, caballero? y con qué derecho, como y por qué os habeis atrevido á entrar de esa manera en mi casa?... preguntó Gemma trémula de sorpresa é indignación.  
—Vos misma me habeis citado, ¡vos misma! repitió él sacando un billete, leyendo el sobre en voz alta y mostrándoselo á la que lo habia escrito.  
El billete contenia lo que á continuación copiamos.  
«Puesto que mañana os vais de Roma, deseo hablaros esta noche. A las doce os aguardo: podeis entrar por la puerta falsa del jardín que estará cerrada solo con el pestillo. Al pie del pabellon de la derecha, en un ángulo, cerca de la glorieta, hallareis otra pequeña puerta que se abre apretando el clavo tercero de la primera fila contando desde abajo: subid una escalera de caracol que encontrareis, y al remate de ella buscad en la pared un resorte y empujadle para adentro con fuerza.  
«Os ruego que vengais con el rostro cubierto: sentiria que os conociese alguno de los muchos que suelen rondar mi palacio. Adios. ¿Faltareis?...»  
—¡Maldición! exclamó Gemma, me he equivocado.  
—Lo que quiero decir, replicó irónicamente el desconocido, que escribisteis dos cartas á la vez y pusisteis un sobre por otro.  
Gemma le miró furiosa y nada contestó.  
—Eso mismo me figuré yo, continuó él impasible; la cita no era para mí; pero como he hecho una apuesta, como os amo, y hasta ahora solo he recibido desdenes y desprecios en pago de mi sincera pasión, resolví venir, no ya como un amante sumiso, sino como un acreedor inexorable cansado de esperar. He aguardado desde el anochecer hasta ahora á ese rival afortunado á quien no conozco, y á quien detesto sin conocerle, para tener el gusto de matarle antes de presentarme á vuestros ojos, en el caso no muy factible que os hubieseis apercibido de vuestro engaño, y variado la hora. Por fortuna suya no ha aparecido.  
—¿Y qué pretendéis? ¿qué exigis de mí? preguntó la condesa con la arrogancia de una reina ultrajada.  
—Conseguir de grado ó por fuerza lo que me he propuesto.  
—Caballero, retiraos, si no quereis que llame á mis criados y os haga arrojar por un balcón.  
—Sé muy bien que nada os importa el escándalo. Ahora despues de lo que he visto, creo cuanto malo se dice de vos.  
—Creedlo y dejadme en paz, ¡nada me importa!  
—Por lo mismo ya no estoy obligado á guardarme consideracion alguna. ¡Mirad, habeis de ser mia esta noche, ú os asesino!  
—¡Cobarde! gritó la condesa avalanzándose á la puerta con ánimo de huir; pero el alevé la cogió de un brazo, y la arrojó bruscamente al medio del aposento; desnudó la espada, se acercó á ella y se la puso al pecho, diciéndola con voz ahogada y amenazadora: —¿O él ó yo?  
Gemma cerró los ojos, dió un grito y cayó desmayada sobre el respaldo de la otomana.  
Al mismo tiempo crugió el resorte de la puerta secreta.  
Un nuevo personaje, el amante verdadero, asomó en el oscuro hueco, y se lanzó espada en mano á castigar al vil que tan traidoramente abusaba de su fuerza con una débil muger.  
También traía cubierto el rostro con su antifaz, y su traje indicaba como el del primero, que pertenecía á la clase militar.  
—¿Quien quiera que seais, le dijo, sois un mal caballero, un villano, un infame; yo deberia atravesaros con mi espada de parte á parte sin deciros una palabra;

pero no quiero mataros á traicion. En guardia, miserable!....

—¡En guardia! repitió su rival, ciego de cólera, apretando el puño de su acero.

—Caballeros, por Dios, por la Virgen bendita, por todos los santos del cielo, idos á otra parte á dirimir vuestra disputa. Ved el compromiso en que vais á poner á mi ama. Si alguno de vosotros muere, ¡santo Dios! qué será de nosotras! dijo Bettina, que habia venido con el último, llorando, interponiéndose entre ellos y rogándoles con voz, gestos y ademanes que no se batiesen allí.

—¡Tiene razon, dijo el primer enmascarado, salgamos!

—Si, salgamos, y alejémonos cuanto sea posible del palacio, contestó su adversario, despues de decir al oído cuatro palabras á la vieja.

Los dos bajaron juntos la escalera de caracol, y salieron á la calle por la misma puerta por donde habian entrado.

Marcharon un buen rato en silencio, se metieron en una de las callejuelas mas solitarias, y siempre callados desenvainaron sus tizonas.

Al chocarlas, bajó la punta de la suya el que entró primero en el gabinete, y asaltado, quién sabe si de temor ó curiosidad, dijo á su enemigo:

—Caballero, nos descubriremos el rostro si gustais.

—Lo siento en el alma; pero no me place.

—¿Por qué?

—Porque si sois amigo mio, como sospecho, me costaria trabajo mataros; y deseo y pienso mataros.

—¿Tanto amais á esa muger?

—Los cielos son testigos que no la amo, y que lo que siento por ella es solo un capricho; pero un capricho por el cual daria con gusto mi vida sin vacilar.

—¡La vida por un capricho!.... murmuró el desconocido con desden; y por una.... cortesana!

—Prescindiendo de eso, respondió el pundonoroso jóven resentido de la dura calificación de su contrario, y de si es ó no digna de ser tratada como lo exige, sino su conducta ni elevada cuna, su calidad de muger; la habeis inferido un ultrage tan grande, que toda vuestra sangre no bastaria á lavarlos. Vamos, en guardia, que perdemos el tiempo.

—¿Ella os aguarda, no es verdad?

—Sí.

—A muerte, gritó el celoso y despreciado amante.

—A muerte, replicó su rival.

Las espadas se cruzaron; á poco resonó un ¡ay! histórico, profundo, desgarrador.

Gemma estaba vengada: la espada de su amante se hundió hasta la empuñadura en el pecho del que la habia ofendido, y este cayó, al parecer, cadáver.

El vencedor se alejó de allí sin querer verle la cara, temiendo encontrarse con alguno de sus amigos, y voló al palacio de la condesa, que habia vuelto de su desmayo y supo con pena el resultado del duelo.

Quiso dar esplicaciones á su amante y él la rogó que guardase su secreto, pues nada queria saber tocante á aquel hombre. Estaba en la falsa creencia de que era uno de sus mejores amigos.

Estos puntos significan muchas cosas que la rapidéz de nuestro relato no nos permite detenernos á examinar. La imaginación, *l'esprit*, de nuestros lectores suplirá nuestra involuntaria omision....

—¿Y si te hubiera muerto? decia ella á su jóven amigo al amanecer del siguiente dia; sabes que hubieras pagado bien caro tus impertinencias; tú que dices que solo me amas por capricho, y á quien yo por esa circunstancia, por esa franqueza que me encanta, he llegado á amar con frenesí, con locura, como solo he amado una vez en mi vida.

—¡Angel mío! contestó el feliz amante contemplándola embelesado, con el embeleso con que contempla á una muger hermosa y querida despues de toda una noche de abandono y amor, el que tiene motivos para creerse realmente dichoso; ¡alma de mi alma! ¡hay caprichos que valen la pena de que les sacrificemos nuestra existencia!

Obligado á salir de Roma con su tercio, se fingió enfermo, y dilató algunos dias su viage; hasta que faltándole ya todos los pretextos, partió á España enamorado locamente de Gemma, y lo que es mas increíble, Gemma, ciega por él, dispuesta, habiendo quebrantado ya su juramento, á darle su mano y sus riquezas, oferta que él no quiso aceptar.

Idólatra del honor, noble y desinteresado hasta el exceso, á pesar de su veraz cariño, no le cegaba tanto la pasión para resolverle á unirse con una muger mancillada por el mundo, y que al fin, como habia dicho su rival, á los ojos de todos no era otra cosa que una cortesana de alta gerarquía. Luego él no tenia un maravedí, y ella era millonaria. Todos atribuirian su enlace á un mezquino y vergonzoso cálculo.

En vano Gemma procuró desde la primera noche justificarse, y le juró que él era el único por quien lo habia olvidado todo: en vano recorrió á su vista el misterioso velo de su existencia: en vano le confesó que ella tambien habia tenido el capricho de entregarse á él como un medio de curarse de su loco amor, convencida, como estaba, de que la tendria en el mismo concepto que los demas; pero que luego aquel amor fatal en vez de apagarse con la ruda prueba á que lo sujetaba, habia crecido y tomado proporciones colosales: ¡Cuanto mas le conocia, mas le idolatraba!

El, sin dejar de creerla en parte, la compadecia y trataba de persuadirla, que no pensaba como los

demas; por eso ella se aventuró á ofrecerle su mano, advirtiéndole que si no queria aceptarla y le amaba, le seguiria como su manceba hasta el fin del mundo.

Muchos y violentos esfuerzos tuvo que hacer el capitán para no ceder á la irresistible magia de sus palabras, á la vehemencia del amor, que tambien se habia despertado en su pecho despues de poseerla y sondear el abismo de pasión que escondia el alma de aquella muger, tan digna de ser amada y al mismo tiempo tan infeliz; pero las sugerencias de su orgullo, la vergüenza de ser el ludibrio de sus amigos y el desdoro de su familia, le prestaron fuerzas para resistir, y prometiendo volver y complacerla, alejarse de ella para siempre como el único medio de evitar su perdicion.

Gemma, creyendo sincera su promesa, le abrazó llorando de gozo, y el dia de su partida, al darle su retrato guarnecido de brillantes, le rogó que lo llevase siempre consigo, como un talisman que le recordase á cada instante su acendrado amor.

Pero pasó un mes, un año, dos, tres.... y el capitán no volvió, ni la infortunada amante supo donde se encontraba hasta que la inmensidad del Océano los dividia, ¡ay! para no volverse á encontrar en la tierra.

ALEX MAGARIÑOS CERVANTES.

(Se continuará.)

## SEMANA CIENTÍFICA.

### APUNTES DE UN DIARIO DE MIS VIAGES POR ITALIA.

(Conclusion).

#### III.

#### Los benedictinos de San Nicolás el Viejo.

Hemos dejado al conde solo, cara á cara con el portero que acababa de franquearle la entrada del convento, y á quien miraba con atencion sostenida para poder descubrir sus facciones. El portero por su parte examinó atentamente al alemán, y ambos á dos debieron sin duda quedar satisfechos de su examen, puesto que el conde, despues de un momento de pausa,

—¿Qué bueno es esto! le dijo percibiendo con mas fuerza el olor que salia de la cocina, ¡qué bueno es esto!

—¿Os parece bueno? preguntó el extraño portero.

—Ya se vé que sí.

—Es la cena del gefe que vuelve de una expedicion; y á quien esperamos de un momento á otro.

—Entonces llevo á tiempo.

—¿Os conoce el gefe tal vez?

—No; pero tengo una carta para él.

—¡Ah! eso es otra cosa: mostrádmela.

—¡Hela aquí.

El portero tomó la carta, y á la luz de una linterna sorda que traia en la mano, leyó: *Al reverendísimo general dei benedictini, al convento di San Nicolo di Catania.*

—¡Ah! ya comprendo, dijo el portero.

—¿Con que lo comprendeis al fin? repuso el conde golpeándole amigablemente en la espalda. En ese caso, amigo mio, encargaos de mi bagage, y sobre todo tened mucho cuidado con mi maletin, pues dentro está mi bolsillo.

—¡Ah! ¿es en el maletin donde teneis el bolsillo? bueno es saberlo.

Y apoderóse del maletin con una presteza singular: cargó luego con el resto del equipage y añadió:

—Vamos, vamos: ya veo que sois un amigo: seguidme.

El conde no esperó á que se lo repitiesen dos veces, y siguió á su guia.

El aspecto interior del convento no era menos extraño que su exterior. Ruinas por todas partes, toneles rotos y vacíos acá y acullá; pero ni un crucifijo, ni una imagen siquiera.

El conde se paró un instante, porque era de esa clase de habladores que precisamente han de pararse para hablar, y esplicó á su guia la sorpresa que le causaba el ver tan completo abandono y destruccion.

—¿Qué quereis, le contestó, estamos algo aislados, como lo habeis podido observar, y como la montaña está llena de gentes que no temen ni á Dios ni al diablo, no hacemos alarde de lo poco que poseemos. Los objetos de algun valor los escondemos en los subterráneos; por otra parte, debeis saber que en la llanura, cerca de Catania, tenemos otro convento.

—¡Ah! lo ignoraba: ¿Con que teneis otro monasterio?

—Ahora examinad vos mismo vuestro equipage para que podais decir al gefe que es el mismo que me habeis entregado.

—Eso es muy fácil: un baul-maleta, un saco de noche, y un maletin donde está mi bolsillo.

—Es decir, tres objetos ó bultos.... No es gran cosa.

—Es muy suficiente.

—Bien: esperad aquí, dijo el portero haciendo en-



trar al conde en una especie de celdilla, pues creo que dentro de media hora el jefe estará de vuelta.

El portero iba á salir cuando el conde le detuvo.  
—Decid, amigo: ¿no podré bajar á la cocina ínterin viene el general? Advertid que puedo dar buenos consejos al cocinero.

—A fé mia, no veo inconveniente en ello: esparadme aquí, voy á poner en seguridad vuestro equipage, y vuelvo al momento á conducirlos á la cocina. ¡Ah! se me olvidaba ¿cuánto dinero teneis en el bolsillo?

—Tres mil seiscientos veinte ducados.  
—Tres mil seiscientos veinte ducados: bien está.  
—Parece un buen hombre, murmuró el conde viendo alejarse al portero cargado con su equipage: es un hombre honrado sin duda alguna.

Diez minutos despues el portero estaba de vuelta.  
—Si quereis bajar á la cocina, podeis seguirme.

—Con mucho gusto.

El conde siguió de nuevo al portero, que le condujo á la cocina del convento. El hogar estaba bien guarnecido, todos los hornillos humeaban y gran número de cacerolas hervian por todas partes.

—Bien: dijo el alemán parándose en el último escalon y abrazando de un golpe de vista aquel espectáculo suntuoso. Bien: parece que no he llegado en día de ayuno. Buenas noches, cocinero, buenas noches.

Este que ya estaba prevenido, recibió al conde con toda la deferencia debida. El conde se aprovechó de ella para levantar todas las coberteras de las cacerolas y probar de todas las salsas.

De repente avalanzóse hácia el cocinero que iba á echar sal á una tortilla y le arrancó de las manos el plato donde tenia los huevos.

—¿Qué diablos vás á hacer, buen hombre! exclamó el conde.

—¿Como! ¿qué voy á hacer?...

—Si, ¡infeliz!... ¿Qué es lo que ibas á hacer? te pregunto.

—Iba á echar sal á la tortilla.

—Pero ¡desgraciado! ¿Ignoras acaso que ya no se echa sal á las tortillas?

El cocinero admirado de aquella escena inesperada quedóse mirando de hito en hito al conde sin responder una palabra.

—Atrasado estás, amigo mio, muy atrasado, prosiguió el alemán. Ahora se echa azúcar y confituras ó cosa semejante en vez de sal.

—Vamos, vamos; dejemos chanzas á un lado, dijo el cocinero tratando de quitarle el plato.

—¿Cómo chanzas? No por cierto; de ningún modo; yo soy el que he de hacer la tortilla: ea, dame confituras.

—¿Sería chistoso! murmuró con feroz sonrisa el cocinero acariciando el mango de asta del ancho cuchillo de cocina.

—Chistoso, he! replicó el conde. Lo raro, lo extravagante, lo fuera de razon seria echar sal.... Ea, anda listo y dame azúcar.

El cocinero, que no debia ser muy sufrido, se acercó al conde con el cuchillo casi desenvainado y cogiéndole del brazo le gritó:

—Señor mio, soltad ese plato, ó de lo contrario yo os haré ver quien manda aquí.

—¿Quién manda aquí soy yo, contestó una voz bronca. ¿Qué es lo que sucede?

Ambos contendientes se volvieron: un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, vestido con un hábito de fraile, estaba de pie en la escalera, era robusto, de alta estatura, y tenia la fisonomía dura é imperiosa de los que están acostumbrados á mandar y ser obedecidos.

—El capitán! exclamó el cocinero soltando el brazo del conde.

—¡Ah! dijo el conde, ¿este es el genera? Buenas

de todo lugar habitado, nos impida obsequiaros cual deseara; pero somos pobres solitarios y espero nos disimulareis si nuestra mesa no es ni de las mas delicadas ni de las mejor servidas.

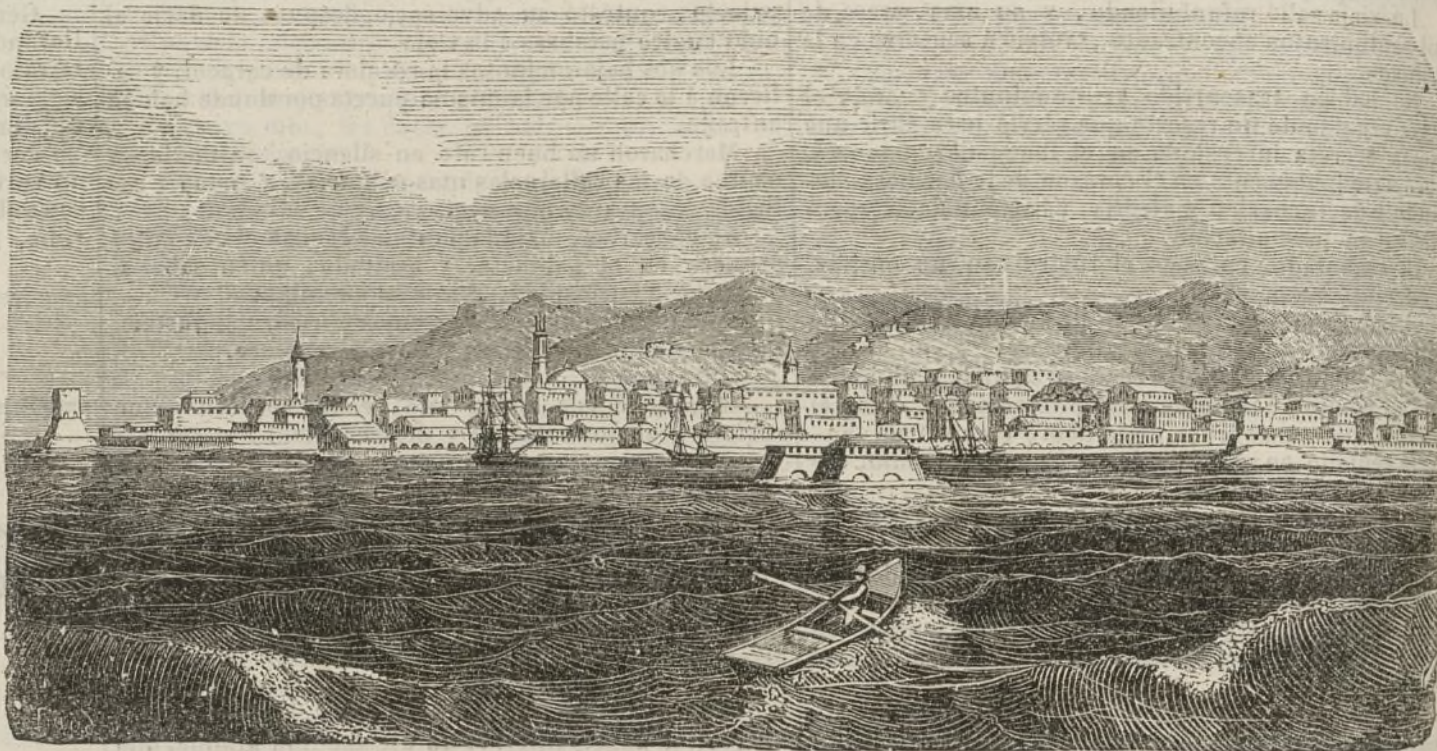
—¿Qué es eso de mal servidas? Al contrario, se me figura que la cena es excelente, y cuando haya hecho mi tortilla con confituras....

—Pero mi capitán.... dijo el cocinero.

—Dad confituras al señor, y dejadle que componga su tortilla como mejor le parezca.

El cocinero obedeció sin pronunciar una palabra.

—En el ínterin, señor conde, cumplimientos á un lado y obrad con entera libertad; cuando hayais concluido la tortilla, subid; arriba os espero.



Vista de Mesina, en Sicilia.

—Es negocio de cinco minutos: mientras tanto podeis mandar poner la mesa,

—¿Lo ois? dijo el fraile al cocinero: haced que sirvan.

Y subió la escalera. Un instante despues bajaron dos frailes y se pusieron á la disposicion del cocinero. Durante este tiempo el conde aderezaba su tortilla, concluida la cual subió á su vez.

El superior lo esperaba rodeado de su comunidad que se componia de una veintena de hermanos, en un



Faro de Mesina.

refectorio perfectamente iluminado, y en cuyo centro se veia una mesa bien servida.

El conde quedó admirado del esquisito trabajo del magnífico servicio de oro y plata y de la finura del mantel y servilletas. El convento habia entresacado lo mejor de su tesoro y puéstolo á disposicion del conde por consideracion á su rango y á la carta de recomendacion de que fué portador.

En cuanto al estado de la habitacion, observábase un contraste singular entre su aspecto ruinoso y el prodigioso lujo de la mesa. Veíase ademas un comple-

—A fé mia, general, yo no veo qué es lo que pueda faltar para una buena y aun espléndida comida; y recuerdo haber visto abajo una magnífica bateria de cocina muy bien organizada. A menos que el vino...

—¡Oh! tocante á eso, tranquilizaos, el vino es esquisito.

—Siendo asi, es cuanto necesitamos.

—Ahora solo temo que nuestros modales os parezcan poco monacales. Por ejemplo, tenemos la costumbre de no comer nunca sin que cada uno de nosotros tenga un par de pistolas cerca de su plato: esta es una precaucion necesaria para los que vivimos en un sitio tan retirado de toda habitacion, y espero nos disimulareis el que, á pesar de vuestra presencia, no

dejemos de observar esta costumbre.

Diciendo esto, el superior levantó los hábitos y sacó de su cintura un magnífico par de pistolas, que colocó á los dos lados de su plato.

—Bien, general, bien: las pistolas son las amigas del hombre. Tambien yo llevo siempre otro par. ¡Oh! Y es admirable la semejanza que tienen con las vuestras.

—Puede ser, contestó el superior reprimiendo apenas una carcajada: son excelentes armas que he hecho traer de Alemania: son de la fábrica de los Kuke-renteir.

—¿De los Kuke-renteir? Las mias son de la misma fábrica.

—¿Qué casualidad!!

—Si, si: haced que las suban: abajo están á una con el equipage; las compararemos.

—Despues de la cena, conde, despues de la cena. Sentáos frente á mí: ahí, perfectamente. ¿Sabeis rezar el Benedicite?

—Lo supe en otro tiempo; pero lo he olvidado.

—Tanto peor, pues contaba con vos para rezarlo; pero si se os ha olvidado nos pasaremos sin él.

—Si, si, nos pasaremos sin él, contestó el conde que era de muy buen componer en esta materia.

Y efectivamente, engulló su plato de sopa sin necesidad de Benedicite, siguiendo su ejemplo los demas frailes. Apenas concluyó, le presentó el superior una botella.

—Gustad de ese vino.

El conde, que juzgó se trataba de catar un vino selecto, llenó un gran vaso, lo tomó en las manos y examinó por un instante á la luz de una bugia el líquido amarillo como el ámbar. Acercólo á su boca y lo paladeó con la voluptuosa lentitud de un gastrónomo.

—Esto es admirable, exclamó: yo que creia conocer todos los vinos.... A la verdad, prosiguió vaciando el vaso, que me es del todo desconocido; á menos que no sea madera de alguna viña nueva....

—Ese vino se llama marsalá, señor conde, un vino poco conocido, y que sin embargo bien merece serlo. ¡Oh! nuestra pobre Sicilia encierra muchos tesoros ignorados como este.

—¿Cómo decís que se llama? preguntó el conde llenando otro vaso.

—¡Marsalá!

—Marsalá: muy bien. Os aseguro que es esquisito y que compraré de él á la primera ocasion. ¿Se vende muy caro?

—Dos cuartos la botella.

—¿Cómo, cómo?

—Dos cuartos la botella.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el conde admirado. Pues vivis en un paraíso terrestre, mi general. Amigo mio: yo ya no salgo del convento. Desde mañana me hago benedictino.

—Muchas gracias, conde, por la preferencia: cuando gustéis os recibiremos en nuestra orden.

—¿Dos cuartos la botella! murmuró el conde llenando el vaso por tercera vez.

—Debo advertiros que ese vino tiene sus defectos, dijo el superior.



La Calabria.

Estrecho de Mesina.

Sicilia.—El monte Etna.

noches, general, continuó adelantándose hácia el fraile: habeis de saber que teneis un cocinero que ignora como se hacen las tortillas.

—¿Sois vos el conde de Weder? preguntó el fraile en alemán correcto.

—Si, mi general, contestó sin soltar el plato en que estaban los huevos ni el tenedor con que iba á batirlos: soy el conde Weder en persona.

—Entonces sois el portador de la carta que me ha entregado el hermano portero.

—Yo mismo.

—Seais bien venido, señor conde.

El conde saludó con una inclinacion de cabeza.

—Siento muchísimo, señor conde, prosiguió el fraile, que la situacion aislada del convento, tan lejos

to arsenal de carabinas pintorescamente colocadas á lo largo del muro.

El conde abrazó este espectáculo extraño con una rápida mirada, y no pudo menos de admirarse de la sublime abnegacion de aquellos pobres frailes, que poseyendo un tesoro como el que tenia á su vista, vivian espuestos á mil peligros y casi á la intemperie, como los antiguos eremitas del Carmelo y la Tebaida.

El superior observó su admiracion.

—Señor conde, le dijo sonriéndose, disimuladnos la mala comida y peor cama que encontrareis en esta santa casa. Puede ser que os hayan pintado el interior de nuestro convento como un lugar de delicias; asi nos juzga la sociedad, señor conde. Sin embargo, creo que cuando volváis al siglo nos hareis justicia.



Defectos! Imposible que semejante vino sea defectuoso.

—Si señor, los tiene: ese vino ataca la cabeza.

—Já, já, contestó el conde riéndose. Apostaría á beberme una azumbre y quedarme tan fresco como si bebiese un vaso de jarabe de grosellas.

—En ese caso, añadió el superior, manejaos como queráis; pero os prevengo que tenemos otros vinos tan buenos ó mejores.

En virtud de este permiso, el conde comenzó á comer y beber como un verdadero alemán.

Los frailes escitados por su superior, no quisieron que un extranjero los dejase atrás, de modo que muy pronto cesó el religioso silencio observado al principio la comida.

Primero empezaron las conversaciones en voz baja con el vecino, y luego se generalizaron con todos en voz alta; al segundo servicio cada cual gritaba por su lado y se empezaban ya á relatar aventuras las mas estrañas que pudieran oírse.

Por poco que el conde comprendiese el siciliano, no dejaba de conocer que en la conversacion se mezclaban continuamente relaciones de empresas atrevidas llevadas á cabo por ladrones y salteadores: conventos saqueados, gendarmes ahorcados, religiosas robadas.

Pero en esto no veía el conde nada de particular, considerando que el aislamiento y soledad en que vivían aquellos santos benedictinos les habria obligado á ser testigos involuntarios de semejantes escenas.

Entre tanto corría el *marsalá* con abundancia, sin perjuicio del *siracusa seco*, del *moscatel de Calabria* y de la *malvasía de Lipari*.

A pesar de la fuerte complexion del cerebro del conde, sus ojos comenzaron á cubrirse de un velo espeso, y su lengua ya no pronunciaba tan claramente las palabras.

Entonces los monólogos se sucedieron á las conversaciones, cediendo á su vez aquellos su lugar á las canciones.

El conde, que queria mantenerse á la misma altura que los frailes, buscaba en su repertorio anacrónico alguna cancion que estuviese en armonía con la situacion, y no encontrando otra cosa mejor que la cancion de los ladrones de Schiller, empezó á cantar á voz en grito el famoso: *Stehlen, morden, huren balgen*, al cual se le figuró contestaban los frailes con ruidosas aclamaciones.

Al poco tiempo creyó el conde que el aposento comenzaba á dar vueltas á su alrededor, con bugias, mesas, vasos y botellas.

Luego se le figuró que los frailes se desnudaban de sus hábitos y aparecian vestidos de bandidos.

Aquellas figuras ascéticas cambiaban de carácter y se veían iluminadas con una alegría feroz: la comida degeneraba en orgía.

En el interin no cesaban de llenar y vaciar á grandes tragos, descomunales vasos llenos de vinos nuevos siempre, cada vez mas espirituosos, vinos cogidos en las bodegas de *Peterno* ó en las de los dominicos de *Alí-Reale*.

Golpeaban en la mesa con botellas vacías pidiendo otras llenas, y al golpear vacilaban las bugias, caían al suelo mezclando sus pedazos y su aceite al vino y pedazos de vasos y botellas: el fuego entonces se comunicaba á los manteles, y de estos á la mesa, y en vez de apagarlo arrojaban para alimentarlo sillas, bancos, ropas y papeles.

En un momento la mesa con su servicio se convirtió en una hoguera brillante, en cuyo derredor, los frailes transformados en bandidos, danzaban semejantes á demonios.

Finalmente, en medio de este conciliábulo infernal, de esta baraunda frenética, dejóse oír la voz del capitán, que con acento terrible gritó:

—¡El monacho! ¡El monacho!

Ruidosas y generales aclamaciones acogieron esta demanda, abrióse una puerta y ocho jóvenes religiosas aparecieron conducidas por seis bandidos.

Esta aparicion produjo horribles aullidos de alegría.

Aquellas puras vírgenes del Señor, criaturas inocentes que apenas contaban diez y seis años, permanecían pálidas, mudas de terror, sin adivinar la horrible suerte que las esperaba.

Semejantes á tímidos corderos, apiñábanse unas contra otras como si con aquella union pudieran oponer alguna resistencia.

Sus hermosísimos ojos alzados al cielo, estaban relucidos por brillantes lágrimas vertidas en silencioso lloro, y sus purpurinos y virginales labios balbuceaban alguna ferviente oracion.

El conde veía todo esto como en sueños, y le parecía que una fuerza sobrehumana lo mantenía clavado en su asiento, mientras que su imaginacion divagaba lejos de allí.

Los bandidos, dando saltos como la pantera cuando se arroja sobre su presa, se lanzaron á la vez sobre las religiosas.

Entonces el conde oyó gritos desgarradores, vió volar hechos pedazos girones de los hábitos de las monjas, viólas luchar desesperadamente con los bandidos, descubierta su blanco seno, macerados sus lindos brazos, cuyas fuerzas no bastaban á resistir las de sus desapiadados raptos.... Creyó que el capitán queria hacerse oír para ordenar aquel horrible sacrificio del pudor, bajo reglas concertadas sin duda de antemano entre los bandidos; pero su voz se perdía en medio del clamor general y no consiguió ser obedi-

decido. Se le figuró al conde que el capitán empuñaba los famosos *kukereinter* tan parecidos á los suyos, creyó oír dos detonaciones de armas de fuego; cerró los ojos deslumbrado con la viva luz de la llama.

Al volverlos á abrir vió sangre: dos bandidos se revolcaban tendidos en un rincón y aullando horriblemente.... despues ya nada vió.... Sus ojos se cerraron segunda vez sin poderlos abrir y al querer levantarse para acudir al socorro de las monjas medio muertas de espanto, flaqueáronle las piernas y cayó como una masa inerte.

Estaba completamente borracho.

Cuando se despertó de aquel sueño letárgico, el día estaba muy avanzado: frotóse los ojos, se esperezó y miró á su derredor.

Hallábase acostado bajo un árbol, en el lindero del bosque, teniendo á su derecha á Nicolosi, Pedara á su izquierda, delante á Catania, y tras de Catania el mar.

Se le figuró haber pasado la noche á cielo raso, acostado sobre un muelle lecho de arena, la cabeza recostada sobre el maletín y por dosel la inmensidad de un cielo azul.

De nada se acordó en los primeros momentos, y permaneció algun tiempo como un hombre que se despierta despues de un sueño producido por el opio. Al fin su memoria por una operacion lenta y confusa en un principio, le comenzó á recordar su salida de Catania, las dudas del mulero y sus temores, la llegada al convento, su altercado con el cocinero, la acogida que le habia hecho el general, la comida, el vino de *Marsalá*, las canciones, la orgía, las monjas y los pistoletazos.

Miró de nuevo á sus inmediaciones y vió su baul, su saco de noche y su maletín.

Abrió este último y encontró su cartera, su pipa de espuma de mar, su bolsa de tabaco y su bolsillo, su bolsillo, que con gran sorpresa se le figuró tan lleno como si nada le hubiese sucedido: abriólo con ansiedad: estaba lleno de oro y ademas contenia un billete; rompió el sobre con precipitacion y leyó lo que sigue:

«Señor conde: siento mucho separarme de vos de una manera tan brusca; pero una expedicion de la «mas alta importancia nos llama hácia Cefali. Espero «que no olvidareis la hospitalidad que habeis recibido «de los benedictinos de San Nicolás el Viejo, y que si «volvéis á Roma suplicareis á mi señor Morosini que «no olvide en sus oraciones á estos pobres pecadores. «Encontrareis todo vuestro equipage á vuestro lado, «excepto los *kukereinter*, que me tomo la libertad de «guardarlos como un recuerdo vuestro.

«DON GAETANO,

«Prior de San Nicolás el Viejo.

«16 de octubre de 1806.»

El conde de Weder contó su dinero; no le faltaba ni un ochavo.

Cuando llegó á Nicolosi encontró todo el pueblo en conmocion, pues la víspera habia sido saqueado el convento de Santa Clara y robadas las ocho novicias mas jóvenes y hermosas, sin que pudiera descubrirse su paradero.

Dos años despues se leía en el *Allgemein Zeitung*, periódico alemán, que el famoso bandido Gaetano, que se habia apoderado del convento de San Nicolás el Viejo *Sull'Etna* para servirle de guarida, habia sido hecho prisionero, despues de sostener un combate obstinado y sangriento contra un regimiento inglés. Dos dias despues fué ahorcado con gran placer de los habitantes de Catania, que se veían encerrados por él en el recinto de su poblacion.

Aquí concluyó el siciliano su historietta; y ya el sol se elevaba magestuosamente sobre el extremo límite del mar.

Dibujábanse en confusos perfiles las casas de Catania, y dos horas despues, embarcados en un ligero esquife que volaba al impulso de cuatro vigorosos remeros, tocamos la playa.

Paolo Gazzinetti presentóme á su esposa é hijos que lo abrazaban con lágrimas de alegría, y ofrecióme cordialmente su casa mientras durase mi permanencia en la ciudad. Algunos dias despues subimos todos juntos al cráter del Etna, y pude disfrutar á mi sabor del magnífico espectáculo de un volcan que á cada momento amenaza sepultar en rios de ardiente lava aquella hermosísima parte de Sicilia.

M. GOIZUETA.

## EL LICENCIADO DON TADEO CRISTOBAL.

(Conclusion.)

—Esperad, me dijo don Tadeo echándome una mirada muy significativa, ved aquí *dos caballeros* que absolverán vuestros escrúpulos de conciencia, acerca de los mil cuatrocientos pesos fuertes que me estais debiendo, y que atestiguarán que podeis pagármelos sin remordimiento alguno haciéndome cesion del crédito de igual cantidad que teneis contra el señor Peralta, que hará honor á su firma y los satisfará con la mejor voluntad.

—Yo no he dicho tal cosa, exclamó el americano soltando una carcajada bestial: no sé si los pagará de

buena gana, pero lo que si aseguro es que los pagará, y si no....

—Poco á poco, señor mio, dijo el licenciado interrumpiéndole, desde el mismo momento en que sea Peralta deudor mio su vida debe ser un sagrado, y muy precioso para mi, y yo espero que será respetada.

—El señor Peralta pagará con mucho gusto, yo os lo juro, añadió el mejicano con voz almibarada tomando á cucharaditas y con melindre su sorbete, en tanto que su compañero se bebía de un solo trago una gran copa de aguardiente como si fuese agua.

—Que pague es lo que yo necesito, replicó don Tadeo; pero oiga, ¿no es Pepito Rechilla el que veo entrar con mi escribiente? ¡vaya! Ortiz se ha portado, ha desempeñado mi comision á las mil maravillas.

El nombre Rechilla me trajo á la memoria la hermosa china que habia visto aquella tarde tan desconsolada en los portales de los mercaderes, por lo cual me puse á observar con la mayor curiosidad al que habia nombrado el licenciado: era este uno de esos bribones de tez cobriza, cabello enmarañado, continente determinado, y facciones picarescas que solo se encuentran en los aduares de los gitanos ó en las calles de Méjico. Luego que este nene divisó á don Tadeo, corrió á él y le estrechó las manos con las mas vivas demostraciones de profundo reconocimiento.

—¡Ah! señor licenciado, exclamó, jamás se borrará de mi memoria que os debo la vida; pasado mañana debia morir en el garrote, y vos me habeis arrancado de las garras del fiscal, y puesto en libertad, ¡gracias á los doblones que ha alojado vuestra bolsa! si, señor licenciado, no hay que hacerse el desentendido ni fingirse admirado; sé que sois mi libertador porque todo me lo ha contado vuestro escribiente.

—Ortiz es un necio hablador, contestó don Tadeo con sequedad, mas no por eso me alegro menos de verte libre: necesito hablar contigo mañana muy temprano; entre tanto creo no te vendrá mal este duro para que cenes esta noche.

—Sea en buen hora, pero yo solo tengo hambre cuando el bolsillo está vacío; cuando tengo un peso duro prefiero jugarlo: y diciendo esto se avalanzó á la mesa verde.

Luego que el licenciado se desembarazó de Pepito, me llamó aparte.

—¿Habeis visto á esos tres bellacos? me dijo con aire festivo; ¿creeis que haya muchos deudores que estén en disposicion de resistirse á semejantes alanos? ¡sobre todo cuando se trata de hacer efectivo un crédito cedido á don Tadeo! Cuando delante de ellos os he hablado del traspaso que haciais de vuestra deuda en favor mio, sin duda me habeis comprendido y me felicito de ello: mi nombre es una arma poderosa que vamos á esgrimir en esta guerra peligrosa; mas luego que termine esta, la ganancia será para vos, excepto los gastos que me permitireis os pida en justicia, así como tambien los honores de la victoria.

—¿Pero cómo podreis encontrar á ese Peralta, cuando yo no he logrado adquirir la menor noticia por mas que he hecho?

—Esto corre por mi cuenta, y la de esos tres bribones que habeis visto: don Dionisio Peralta es tan mal pagador como desalmado espadachin.... en fin ¡veremos!

Recordé entonces á don Tadeo que me parecia habia insinuado que queria hablar largamente de mi asunto, y que estaba yo pronto á satisfacer su deseo; pero debo confesar que lo hacia solo con el objeto de conocer mas á fondo á tan extraño original: él sin duda penetró mi intencion.

—Son las diez y media, me dijo mirando su reloj: hasta las doce me teneis á vuestras órdenes, subamos, si os parece, al terrado que á esta hora estará desierto: la noche está serena, y allí podreis explicarme vuestro asunto sin testigos.

## III.

Luego que estuvimos en él, quedamos por algunos minutos contemplando silenciosamente el grandioso espectáculo que se presentaba á nuestra vista: bajo nuestros pies se extendía la antigua corte de los Motezumás, ufana con sus innumerables torres y cúpulas iluminadas caprichosamente por la luna: muy próxima á nosotros la catedral, proyectando las gigantescas y pareadas sombras de sus torres en la inmensa plaza mayor; un poco mas allá el *Parian* (1) elevaba su estensa mole en los espacios blanqueados por la claridad de la noche, semejante al aislado y negro escollo en medio de las transparentes olas del Océano; y en lontananza se percibían la elegante media naranja del convento de Santa Teresa, las cinco pintadas cupulillas del de San Francisco, las torres de San Agustín, y de las Bernardinas, sirviendo de fondo á tanta multitud de torres, cúpulas y dorados chapiteles, la campiña segun se colegía por los blancos vapores que elevándose de las lagunas, se agrupaban en derredor de la ciudad, cercándola cual luminosa aureola.

Don Tadeo fué el primero que rompió el silencio dirigiéndome algunas preguntas relativas á mi pretension. Yo me apresuré á responder lisonjeándome por este medio, y alargando la conversacion llegar á término de que me contase algunos lances de su vida que no podían menos de ser interesantes y curiosos; empero en aquel momento se hallaba mi interlocutor embismado en una profunda y silenciosa meditacion: ya

(1) Antiguo edificio en donde hay un mercado bastante parecido al del Temple de Paris.



desconfiaba yo de conseguir mi intento, cuando un extraño incidente vino á favorecer mi deseo: sonó de pronto el lúgubre tañido de una lejana campana cual misterioso gemido en medio del silencio de la noche, y tan pronto como hirió el oído de don Tadeo su fatídico sonido saliendo bruscamente de su arrobamiento, inclinó la cabeza, cubrió con ambas manos su rostro pálido como la muerte, y con sobresaltado acento dijo:

—¿Habeis oído una campana?

—Seguramente, y si no me equivoco es la del convento de las Bernardinas, que toca en este momento á orar por alguno que está agonizando.

—¿De las Bernardinas? repitió él con acento visiblemente alterado, ¿del convento de las Bernardinas habeis dicho?

—Estoy seguro, conozco su sonido, y la parte de donde viene no puede engañarme.

—Vámonos, vámonos pronto de aquí, os lo aseguro, ¡su sonido me mata!

—¿Y por qué hemos de abandonar este delicioso sitio? la dulce claridad que nos comunica la luna, ¿no es preferible á la de los pestíferos quinqués del lóbrego garito en que estábamos?

El licenciado guardó profundo silencio; las trémulas campanadas se oían cada vez mas distintamente, y causaban en mi compañero una conmoción magnética inexplicable. No sé yo si al fin notó don Tadeo mi admiración: ó si tal vez cedió á la imperiosa necesidad de desahogar su pecho comunicándome sus cuitas, pero lo cierto es que cogiéndome la mano, y entre mal reprimidos suspiros me dijo:

—Conozco que no debo ocultaros el dolor que aflige mi pecho, y es preciso que os lo manifieste; jamás oigo el sonido de esa triste campana sin que se presente á mi imaginación como un sueño espantoso el acontecimiento mas desgraciado de mi vida: cuando os refiera el aciago lance que me recuerdan sus ecos ya no os sorprenderá nada de cuanto acabais de ver.

Yo bajé la cabeza manifestando con este movimiento al licenciado que estaba dispuesto á oírlo, y hé aquí la historia que me refirió, pero con tanta serenidad y sangre fría que se avenía muy mal con los estremos y dolorosas exclamaciones que había presenciado yo hacia pocos momentos.

En 1825, es decir, hace diez años, se intentó cometer en esta ciudad un asesinato: desgraciadamente este crimen es muy común en la capital, y si este suceso llamó por un momento la atención pública fué á causa de las particularidades con que se divulgó: en vez de dar noticia de este atentado en las últimas columnas de los periódicos como es costumbre, se estampó con gruesos caracteres en donde se insertan los acontecimientos mas notables y que tienen el privilegio de ocupar durante una semana la imaginación de los ociosos mejicanos. En efecto un impenetrable misterio envolvía este conato de asesinato: á las primeras horas del día cuando el paseo de Bucareli está todavía desierto y solitario, llegó al parage mas retirado de él un coche público, y se paró: el cochero había bajado de su asiento y apartado á alguna distancia sospechando discretamente el objeto de aquella parada á tales horas. Pero ¿era hombre ó muger la que conducía esta providencia? (1) Las cortinillas corridas cuidadosamente impedían formar la menor conjetura; empero despues se supo que la que iba dentro era una hermosísima jóven que cediendo á los impulsos de vanidad propia de las criollas se había ataviado para esta amorosa cita con sus mas preciosas joyas. Las mejicanas, como no ignorais, tienen la manía de querer aparecer tan ricas como bellas, y sin embargo la jóven de que trato era mucho mas hermosa que rica á pesar de ir cubierta de riquísimos diamantes.

Pocos minutos habían pasado cuando un hombre embozado hasta los ojos se llegó al coche; la portezuela se abrió inmediatamente y volvió á cerrarse luego que estuvo dentro. Son tan comunes y propias de las costumbres de aquel pueblo estas intrigas que no llamó la atención del cochero ni escitó su curiosidad, antes bien se tendió en la yerba y no tardó en dormirse profundamente. Cuando despertó quedó pasmado de ver que había dormido tantas horas, por que el sol estaba ya á mas de la mitad de su carrera, y el paseo iba poblándose de gente: corre desparado al coche, llama, y viendo que no le responden abre la portezuela, y queda aterrado: ve exánime y tendida sobre los almohadones del carruaje una hermosa jóven inundada en sangre que corre á arroyos por la ancha herida que tiene en el pecho, estaba sin sentido y al parecer muerta: habían desaparecido las ricas joyas y diamantes que brillaban en su bella garganta y orejas, y la desgraciada en vez de un tierno amante había encontrado un cruel asesino que no satisfecho con robarla la había quitado la vida. La concurrencia atraída por los desaforados gritos del cochero acudió en tropel al sitio de la catástrofe: felizmente se hallaba entre los curiosos un médico que habiendo reconocido á la infeliz aseguró que vivía todavía, y ya no se trató sino de trasportarla sin pérdida de momento al convento mas inmediato que era el de las Bernardinas.

Cumplido este deber que reclamaba imperiosamente la humanidad, la justicia principió á practicar las diligencias de costumbre; empero mientras que los facultativos apurando todos los recursos de la ciencia volvían la vida á la malhadada jóven, las pesquisas del

tribunal no obtuvieron tan feliz éxito, pues fueron infructuosas cuantas se practicaron para descubrir al delincuente. Desde luego se había puesto preso al cochero, pero justificada su inocencia hubo de ponerse en libertad: tambien se arrestó á un jóven español, cuyos obsequios y amor que profesaba á la bella criolla no eran un misterio para las gentes. ¡Qué golpe tan imprevisto y terrible fué para este inocente manco que supó á un mismo tiempo la infidelidad y el asesinato de la que había pensado hacer su esposa!...

Cuando pronunciaba estas palabras la voz de don Tadeo era trémula, y visiblemente alterada despues de una breve pausa continuó diciendo.—Al cabo de un año de prision salió libre por no haberse probado nada contra él, pero arruinado por los gastos de justicia y el corazon cancerado y privado de sus halagueñas ilusiones. Entonces fué cuando supo que vivía aun la que tan cruelmente le había engañado, y que tan sinceramente había llorado por muerta, pero que renunciando al mundo había tomado el hábito en el mismo convento donde la habían llevado despues de su funesta aventura. A pesar de estas noticias el jóven español no hizo diligencia alguna para verla; todos sus deseos todos sus pensamientos se dirigieron á un solo fin: ¡la venganza!

La justicia como he dicho no había podido descubrir quien fuese el asesino, y él se propuso continuar con ardor las pesquisas y diligencias abandonadas tan prontamente, y conseguir por fin lo que la culpable indolencia de los jueces había calificado de imposible.

Al llegar aquí el licenciado hizo una pequeña pausa: la campana de las Bernardinas, continuaba tocando, y entonces comencé á comprender por que sus fúnebres vibraciones causaban tanta agitacion en el pecho de don Tadeo.

Aquel jóven español, continuó diciendo, era yo; ¿para qué he de ocultarlo si veo lo habeis adivinado? Había logrado apoderarme con maña de una carta que figuraba en la causa y se había encontrado en el bolsillo de la jóven: en ella se la señalaba el sitio y hora en que debía acudir á la cita que terminó trágicamente como he dicho. Este billete fué para mí el hilo que me guió por el intrincado laberinto en donde se había perdido la sabiduría del tribunal mejicano. Desde aquel punto principié una nueva era de mi vida agitada y tenebrosa que solo terminará con mi muerte. Desde luego me resigné á vivir entre ladrones y asesinos con la esperanza de llegar á descubrir el secreto que me consumía, familiarizándome y conversando con ellos: bajo pretexto de ejercer mi profesion me encargaba de todos los negocios que me proporcionaban ocasion de interrogar á aquellos miserables: me introducía en las tabernas y garitos, y no se cometía un crimen en la capital, sin que no pudiese yo, en caso necesario, denunciar al culpable: tuve franca entrada en sus tenebrosos conciliábulos y no hubo secreto alguno para mí. Tal vez habeis oído hablar de esa cuadrilla llamada *los enebados* que por espacio de un año llenó de espanto y consternación á todos los habitantes de Méjico: estos malvados luego que llegaba la noche, despojándose de sus vestidos se untaban el cuerpo con sebo ó manteca, y se precipitaban sobre el que transitaba por las calles á deshora, y lo robaban ó cosían á puñaladas: uno solo de estos bandidos tan escurridizo como un reptil podía escapar de las manos de veinte soldados los mas vigorosos. ¿Cómo podréis creer que yo conocia al jefe de aquella temible gavilla, que vive, que en el día se pasea por las calles de esta ciudad, y que podría nombrarlo si quisiera? no os cito mas ejemplo que este para demostraros hasta qué punto estaba yo al corriente de los manejos y fechorías de la canalla, pero pudiera citaros otros ciento. A favor de esta vida inquieta y activa, inquiriendo siempre noticias y datos siempre peligrosos, llegué á adquirir tal práctica y conocimientos que me hice temible á los malvados, cuyos siniestros manejos no se me ocultaban: mas de cuatro veces estubo mi vida en peligro, y mas de un criminal ha intentado matarme para librarse por este medio de un fiscal y vigilante incómodo; pero los servicios que podían prestar mis conocimientos jurídicos me proporcionaron muchos clientes adictos á mi persona, que impidieron se repitiesen estas tentativas de muerte, que hubiesen costado hartó caras á mis enemigos: en el día es grande mi prestigio y despliego mi autoridad sobre los mas temibles bandidos de Méjico; lo estais viendo, tengo á mis órdenes un ejército de desalmados para prestar auxilio á las gentes honradas que necesitan mi apoyo.

—En este caso me encuentro yo, le dije, y me doy el parabién de haberme dirigido á vos: pero ahora ¿no me direis si tantos afanes y diligencias para descubrir al asesino del paseo de Bucareli han sido recompensadas?

—Completamente; por un feliz acaso pude encontrar al memorialista que había escrito la carta que le dictó el malvado, con la que engañó á la infeliz jóven que cayó en el infernal lazo, acudiendo á la cita. Dicho escribiente conocia al agresor, y él fué el que me dió las luces suficientes para que pudiese seguir su pista; en efecto, á costa de inauditas diligencias, averigué quien era; hubiera podido denunciarlo: entregarlo en manos de la justicia, hubiera sido el cumplimiento del fin que me había propuesto, pero... ¿lo creéis? no di el menor paso para perderlo; habían pasado ya algunos años desde que se cometió el crimen, y á fuerza de vivir entre estos malvados, me he acostumbrado á compadecerlos mas bien que á detes-

tarlos; aun mas, he llegado á hacer de su misma perversidad un arma temible, poderosa, con que llevo á feliz término ciertos negocios que los tribunales califican de imposible; el asesino de que os hablo es en el día uno de mis agentes; podría reducirlo á polvo con una sola palabra: pero prefiero servirme de él en obsequio de mis numerosos clientes....

Aquí se interrumpió de nuevo nuestro licenciado; la campana de las Bernardinas continuaba sonando.

—Jamás he vuelto á ver á la que fué mi desposada, continuó diciendo don Tadeo: pero tengo noticias de ella por conducto muy seguro, y sé que hace tiempo padece una lenta enfermedad que va acabando con su vida; ahora comprendéis por qué me hace estremecer el triste sonido de esa campana.

Yo insté al licenciado á que abandonásemos aquel sitio y bajásemos, pues de este modo se libraria de la funesta impresion que le causaban las fúnebres campanadas, y ya iba cediendo á mis ruegos, cuando la puerta que daba entrada al terrado rechinó suavemente sobre sus goznes, y ví que se deslizaba mas bien que entraba, y se dirigia á nosotros aquel americano de vista atravesada que don Tadeo había apellidado Navaja; estaba pálido como un muerto, y miraba atrás con aire espantado é inquieto, como si alguno lo persiguiese.

—No, no es él, es el demonio mismo, exclamó apoyándose en la balaustrada del terrado para tomar aliento.

—¿De quién hablas tú? le preguntó el licenciado.

—De ese maldito americano; está vaciando ya la tercera botella de aguardiente, y entona á gritos desaforados la que él llama su canción guerrera; ahí es un indio bravo con piel de blanco; cuenta con brutal alegría todas las cabelleras que ha arrancado á sus enemigos, todas las muertes que ha hecho, y ¿queréis creer que ha querido añadir á sus sangrientos trofeos la que cubre mi cráneo? ... si, lo repito, es el mismo demonio que huele la sangre humana á tiro de ballesta.

—¿Y de cuándo acá te has vuelto tan pusilánime? preguntó don Tadeo volviendo á tomar el tono irónico con que siempre le hablaba, ¿desde cuándo te causa horror la sangre?

Era terrible el acento entre amargo y festivo con que pronunció esta pregunta: la reconvenção que acababa de dirigir, escitó en el mejicano un acceso de ira brutal y tímida como la del tigre que se siente sujeta y encadenado por su dueño. El licenciado aparentó no haber reparado en la sensacion que le había causado, y aun al parecer se complacia en irritar á aquel miserable, atormentándolo con sus sarcásticas palabras: empero una alusion que hizo al asesinato del coche, me esplicó bien pronto todo el enigma: conocí que tenía presente al hombre de quien hubiera podido vengarse el licenciado, y dejaba vivir á pesar de haber intentado asesinar á la desgraciada por la que tal vez sonaba en aquel momento la campana de la agonía.—¿Nada te recuerda el toque de esa campana? le había preguntado don Tadeo, y esta inectiva apuró la paciencia del mejicano: en vez de contestar, dió este un salto hácia él para apoderarse de su espada, empero el licenciado se pone en guardia, y sin hacer uso de ella rechaza vigorosamente al agresor.

—¿Qué es esto? gritó con tono irritado, ¿te has olvidado de lo que tienes que hacer? te perdono, miserable, pero quitate al momento de mi presencia.

El mejicano confundido y avergonzado no aguardó á que se lo mandase dos veces; sin alzar la cabeza ni replicar, volvió la espalda y se alejó precipitadamente. Yo no pude menos de felicitar á mi compañero, tanto por su valor, como por su serenidad en aquel lance.

—¿Qué queréis! me contestó con una triste sonrisa, ya os he contado en la escuela que me he ejercitado, y despues los trabajos y contratiempos me han reducido á que aprecie la vida solo en lo que vale.... pero si gustais podemos bajar. Creo que nada mas tenéis que decirme sobre vuestro asunto: me lisonjeo que dentro de breves dias tendré alguna buena noticia que comunicaros.

Bajamos en efecto aceleradamente, y en pocos minutos llegamos á la solitaria plaza, en la que desemboca el callejon del Arco: allí nos separamos, el licenciado para dirigirse hácia la calle de los Batanes, y yo para tomar la de la Monterilla.

—Hasta luego, dijo don Tadeo alejándose.

—Hasta luego, le contesté yo, aunque interiormente no tenía la misma confianza que el intrépido juriconsulto. Iba reflexionando en los acontecimientos que había presenciado y no podía menos de compararlo á esos famosos domadores de fieras que nos sorprenden por las victorias que obtienen por medio de su valor y destreza, pero que al menor descuido ó imprudencia pueden ser víctimas aun en medio de sus arriesgados triunfos.

IV.

Durante algunos dias llegué á persuadirme de que mi desconfianza no había sido infundada, porque pasó un mes sin que don Tadeo diese señales de vida; mas al fin recibí un billete escrito por su pasante Ortiz, en que se excusaba de su tardanza; «dos poderosos motivos, me decía, le habían impedido ocuparse de mi asunto con su acostumbrada actividad: la campana que oímos tocar hace un mes era por ella: cuando me llegó mi justo dolor he querido dedicarme á mis tareas me he visto postrado en el lecho por causa de una

(1) Llámense en Méjico providencias los coches de alquiler.



herida, afortunadamente poco peligrosa, que recibí en una de esas trampas que me arman mis enemigos y de que por poco no he sido víctima muchas veces. En este momento puedo anunciaros que vuestro negocio marcha á las mil maravillas: por fin, he descubierto el paradero de nuestro Dionisio Peralta, y he mandado á los tres perillanes que ya conocéis, le sigan los pasos: no hagáis diligencia alguna para verme, porque dentro de poco os comunicaré noticias mas satisfactorias.»

Ocho dias habian pasado apenas, cuando recibí un nuevo mensaje del licenciado: era una especie de boletín muy circunstanciado de la campaña que habia abierto contra Dionisio Peralta, y que habia terminado gloriosamente. Pepito Rechilla, el americano John Pearce, y Navaja el mejicano, se habian presentado uno tras otro en casa de mi deudor, reclamando el pago de un crédito, que (decían ellos) les habia cedido su amigo el licenciado don Tadeo. Peralta que á pesar de los aires que se daba de caballero era tan solemne bribon como ellos, en un principio los recibí con la fanfarfona arrogancia de un héroe de teatro; empero las amenazas nada equívocas de los tres emisarios le bajaron bien pronto los humos: conocía de reputación á los hombres con quien tenia que habérselas: le habian declarado guerra á muerte, y la pericia del licenciado que dirigia los pasos de tan formidables postillones hacia la lucha muy desigual: convencido de ello propuso un acomodamiento, que el licenciado se habia apresurado aceptar. Peralta poseia en Tacuba, lugarejillo distante una legua de Méjico, una hacienda cuyo valor era poco mas ó menos igual al de la deuda, y habia consentido en cedérsela á don Tadeo. He tomado posesion de ella concluí diciéndome este, y ya no falta mas sino que la tomeis vos para que todo esté terminado; así, pues estad prevenido, porque mañana muy temprano tenemos que marchar para que os poseioneis de vuestra nueva adquisicion, pues no veo la hora de veros pacífico poseedor de ella.

Don Tadeo fué puntualísimo: al amanecer se presentó en mi casa con dos caballos ensillados, y partimos inmediatamente para Tacuba: tenia yo grandísimos deseos de conocer mi nuevo dominio, y no poca curiosidad de presenciar las formalidades que se practican en Méjico en estos casos. Mientras íbamos marchando dí el parabien al licenciado por su feliz estrella que le habia salvado recientemente la vida, manifestándole al mismo tiempo mi pesar de que tal vez por mi causa podria atraer sobre su cabeza la cólera vengativa de Peralta. Mas él me respondió que me tranquilizase, que mis temores eran infundados, porque el que habia intentado asesinarlo últimamente era segun todos los indicios, el mismo malvado que habia cometido el atentado en el paseo de Bucareli; y á pesar de tan vehementes sospechas, continuó diciendo, no he dudado en servirle de Navaja, que tan útil nos ha sido para terminar nuestro pleito: creed, amigo mio, que fuera de ciertas horas de embriaguez ó exaltacion, estos malvados obedecen ciegamente á aquel que les hace conocer su superioridad: así que en la carta que me ha escrito Peralta anunciándome su conformidad con lo estipulado, no he podido leer sin gran disgusto las amenazas que fulmina contra el perverso Navaja, por haber sido el mas activo é inexorable de los tres alanos que solté para que lo persiguiesen: ¡ah! no es Dionisio Peralta hombre que amenaza en vano, y mucho me temo que su venganza no quede prontamente satisfecha.

Platicando así habíamos salido ya de la ciudad y estábamos en el campo, si es lícito llamar así á aquellas llanadas desiertas y estériles que atravesábamos á todo galope: el calor era excesivo y por todas partes reinaba un triste silencio; mas de pronto lo interrumpieron las pisadas de un caballo enjazzado con el lujo acostumbrado en Méjico. El ginete que lo montaba iba también vestido con cierta elegancia, sobresaliendo su blusa azul forrada con indiana amarilla. No me costó mucho trabajo conocerlo: era nuestro digno Pepito Rechilla. Luego que emparejó con nosotros nos saludó con cierto tono de proteccion al par que político.

—Espero me perdonareis, señor licenciado si me como la libertad de acompañaros. Vos mismo me dijisteis que teniais que hacer hoy un viagecillo, y me ha parecido que no os incomodará llevar un compañero mas en este camino, que á la verdad no es muy seguro, añadió echando al mismo tiempo con toda intencion una mirada al brazo del licenciado que lo llevaba en cabestrillo. No siempre es prudente viajar por estos sitios y alejarse tanto de su casa... Sin embargo, tengo fundados motivos para creer que no tendremos hoy necesidad de desnudar las espadas contra ningún adversario.

Cuando concluyó de pronunciar estas últimas palabras con acento solemne y profético, se inclinó á la oreja del licenciado y murmuró algunas frases que no pude oír, y únicamente observé que señalaba con el dedo un grupo de colinas que se elevaban á nuestra izquierda, sobre las que se cernia una numerosa bandada de cuervos y buitres.

El licenciado sin contestar ni una palabra paró su caballo, y dirigió hácia aquel parage los ojos en que se reflejaban el dolor y amarga sorpresa, y un momento después espoleó vivamente su caballo, y á los pocos minutos atravesábamos las calles del pueblo en que estaba mi nueva adquisicion.

La casa que me cedía don Tadeo, porque se ha de tener presente que el licenciado habia tomado pose-

sion de ella con arreglo al convenio celebrado, estaba situada en un extremo de la poblacion: toda la calle estaba llena de corrillos de curiosos atraídos por la novedad ó mas bien con la esperanza de pillar alguna monedilla de las que es costumbre distribuir en tales casos. Era la tal casa un reducido edificio de triste apariencia: delante de la entrada principal habia una especie de techo sostenido con pilares de ladrillo á modo de pórtico: numerosos lagartos corrían en todas direcciones por las desmoronadas paredes que reclamaban imperiosamente una pronta reparacion: detras de la casa habia un jardinillo cubierto de yerba y cercado con tapias tapizadas con enredaderas y coronadas de yedra. El conserje nombrado por don Tadeo nos abrió la puerta de par en par luego que llegamos. Estais en vuestra casa, me dijo haciendo una profunda reverencia. Entramos dentro y la parte interior del edificio estaba todavía mas desmantelada que la exterior: los techos estaban cuarteados y llenos de grietas: la escalera crugia bajo nuestros pies, y el jardin no presentaba mas que un espeso matorral de zarzas, cardos y ortigas sobre el que se elevaban algunos frutales marchitos y de malísimo aspecto.

Sin embargo, por mala que fuese esta finca ruinosa y las tierras adyacentes incultas y yermas, equivalían cuando menos al valor de la deuda, y esto bastaba para que me diese yo por muy contento, con tanta mas razon que tratando con un deudor del temple del señor Peralta era necesario no mostrarse muy exigente ni reparar en pelillos.

Después de haber recorrido el piso bajo y jardin subimos al principal; la pieza en que entramos parecia ser el salon de recibio, mas sin duda no se habria abierto hacia muchos años á juzgar por el olor mohoso y húmedo que se percibia; así que nos apresuramos á abrir las ventanas para dar corriente al aire viciado, y que entrase la luz en aquel recinto, que estaba en la mas completa oscuridad. Entonces pudimos ver las espesas telarañas que colgaban del techo y tapizaban las paredes, tan abundantes y apiñadas como las secas lianas que se mecen entre las ramas de los cedros de Chapultepec. Los armarios que registramos estaban completamente vacíos, únicamente en uno de ellos encontramos un grueso volumen antiquísimo segun manifestaba su encuadernacion, y cubierto de polvo: el licenciado lo abrió y después haberlo hojeado lo guardó cuidadosamente debajo de su capa.

Habíamos dado fin á nuestra revista.

—Llamad á los testigos, dijo don Tadeo á Pepito, que para tan solemne acto lo habíamos creado nuestro maestro de ceremonias.

El lepero, ostentando magestuosamente su blusa azul, se dirigió prontamente á la ventana, é hizo una allocucion tan corta como digna de los oyentes cubiertos de andrajos, que agrupados debajo de las ventanas estaban esperando la terminacion de la fiesta. La elocuencia de Pepito produjo el efecto que era de esperar; en un momento se llenó el patio con un número de testigos infinitamente superior al que exige la ley. En mi vida habia visto yo una coleccion de figuras patibularias tan copiosa y rica. Precedidos del querido de la china, bajamos al patio, y de allí pasamos al jardin.

—Señores caballeros, gritó aquel con voz sonora y retumbante, sed todos testigos de que este caballero, aqui presente, y me señaló con la mano, toma verdadera y formal posesion de este inmueble. ¡Dios y libertad! En seguida don Tadeo, acercándose á mí, me hizo arrancar un puñado de yerba, y que lo tirase por detrás del hombro; luego después arrojé una piedra por encima de las tapias; á esto se redujeron las ceremonias que deben practicarse en las tomas de posesion, en los términos que previene el código americano.

Todos los testigos prorumpieron en vivas estrepitosos y prolongados, y ya solo me restaba llenar la última formalidad impuesta por la costumbre, es decir, demostrar mi generosidad con los pillos que habian acudido de todos los ángulos del pueblo para darme la bienvenida. Sali del paso repartiendo algunos pesos entre los testigos, que capitaneados por Rechilla fueron á gastarlos alegremente en la taberna mas inmediata.

—Y bien, me dijo el licenciado luego que estuvimos solos, ahora que ya está satisfecha vuestra deuda, ¿qué pensais de mi proceder y de los medios de que me valgo para hacer humillar la cabeza á los deudores mas rebeldes y pertinaces?

—Yo pienso, amigo don Tadeo, que vais caminando por el borde de un precipicio, y si me fuera lícito os aconsejaria que renunciáseis lo mas pronto posible á esa espuesta vida de caballero andante desfacedor de agravios, en la que á mi entender, las pérdidas tempranas ó tarde han de esceder con mucho á las ganancias.

—Y sin embargo, ya habeis visto que soy afortunado en mis empresas; pero sea lo que quiera el cielo; para en caso de que alguna estocada venga antes de tiempo á poner fin á mis hazañas, quiero que al menos os quede una memoria mia: he aqui un libro que no se habia incluido en el inventario de la casa; es obra antigua, pero no deja de tener mérito, guardadlo para que os acordeis de mí.

—Os doy gracias, le contesté tomando al mismo tiempo el rancio volumen, pero os aseguro que aun sin él os tendré presente en la memoria siempre que recuerde el lance que me contasteis en el terrado del callejon del Arco: no se olvidan tan fácilmente los

acontecimientos de esta clase, y es una felicidad harto rara encontrar quien confie el secreto de una aventura tal como la vuestra, cuando se busca solo una consulta.

Habia sonado la hora de marchar, y así sin esperar á Pepito que probablemente habria determinado pasar todo el dia en la taberna, montamos á caballo atravesando rápidamente la desierta campiña porque el calor era aun mas insufrible que por la mañana: llegamos pronto frente á las colinas que Pepito habia hecho observar al licenciado: los buitres que las poblaban se habian aumentado considerablemente y el viento que nos daba de cara nos traía envuelto entre nubes de polvo, un olor fétido y pestilente que afectaba desagradablemente nuestro olfato.

El licenciado paró de repente su caballo.

—Si tuvieseis la curiosidad de leer hasta la última página la historia que os conté en el terrado de la que me hablabais hace poco, me dijo don Tadeo, os pondria que nos llegásemos hasta esas colinas, pero temo que vuestros nervios sean demasiado delicados....

—Y que objeto podremos encontrar en esas colinas que sea capaz de....

—Un cadáver: ved como en este momento se reúnen esas aves para participar del festín. Uno de los tres miserables que destaqué contra vuestro deudor es el que ha pagado por todos. ¡Dios es justo! el hombre que ha sucumbido bajo el puñal de Peralta es el mismo que cometió el atentado del coche en el paseo de Bucareli; ya veis que la aventura esta completamente terminada: ¿no os parece lo mismo?

—Seguramente, pero aun cuando tuviese presente el cadáver que sirve de pasto á los buitres, no por eso seria menos fuerte la sensacion que me ha causado su relato.

—Vaya, vaya, alejémonos de este sitio funesto, vuestro ánimo padece demasiado, dijo el licenciado pican-do su caballo, volvámonos á Méjico.

Llegamos á buena hora y sin ningun contratiempo; nos separamos en la plaza mayor prometiendo que volveríamos á vernos con frecuencia; pero la suerte lo dispuso de otra manera; pocas semanas después de mi instalacion en la casa de Tacuba tuve necesidad de salir de Méjico para emprender un largo viage. Cuando regresé me dirigí en derecha al garito del callejon del Arco, pero estaba cerrado. El tio Lucas el evangelista, á quien pedí me informase del paradero de don Tadeo, me dijo que hacia tiempo que habia marchado á España, y desde aquella época no he cesado de hacer las mas vivas diligencias para adquirir algunas noticias suyas, pero todas infructuosas: el único recuerdo que me ha quedado de este hombre singular es el manuscrito de Alonso Urbano que me regaló y que se conserva en el dia en la biblioteca nacional de Paris.

## SEMANA MOSAICO.

**EL CARNAVAL DE VENECIA.** El carnaval de Venecia, del que se habla tanto en toda Europa, es una diversion compuesta de comedias, óperas, bailes, reuniones, carreras de caballos, titiriteros y farsistas. Estas diversiones solo se permiten en este tiempo, y cualquiera puede ir enmascarado en medio del dia. Hay en Venecia ocho teatros públicos que toman el nombre de las iglesias mas inmediatas. Los pequeños, se alquilan á comicos de la legua, y los grandes están destinados para las óperas. Los teatros tienen cinco ó seis filas de palcos unas encima de otras, y cada fila con treinta ó treinta y cinco palcos. Los segundos son mas estimados, y algunos que los alquilan para toda la temporada los adornan á su gusto. El patio tiene la comodidad de que los asientos tienen sus brazos y respaldos á manera de sillones con sus almohadones en los que se está muy á gusto, sin incomodarse unos á otros. Es permitido á todos el ir enmascarados á las funciones de noche, menos á las óperas. Las decoraciones son hermosas, nobles, de buen gusto y siempre tienen algo de grande y magnífico. Todas las trasformaciones se hacen á un tiempo en todos los lados del teatro. Cuando un emperador ó rey entra en él, es acompañado de treinta á cuarenta personas de las que unas están cerca de su persona, y otras se apoderan de las puertas y avenidas.

Los venecianos hacen buscar las mejores voces, especialmente de tiple; claras, fuertes y flexibles; para ello y para la magnificencia de la orquesta, no perdonan gasto ni diligencia alguna. Los coros no son muy abundantes en las óperas, y los bailettes solo se usan en los intermedios. Todos los ocho teatros se llenan á un tiempo: hay dos de comedia y seis de ópera. Los de ópera dan dos piezas diferentes en el discurso del carnaval, y los de comedia dan diversa funcion todos los dias. Todos los teatros están pintados y adornados, y el mas magnífico es el de San Juan Crisóstomo, que sirve para la ópera.

La sala de los espectadores está rodeada de cinco órdenes de palcos; treinta y uno en cada orden. Estos palcos están adornados de esculturas que representan vasos antiguos, conchas, mascarones, rosas, florones, y otros adornos. Abajo están de relieve en mármol blanco figuras humanas del tamaño natural sosteniendo los pilares que separan los palcos y representan esclavos, deidades, grupos de niños, etc., todo vistoso



y seguro. El teatro tiene trece toesas y tres pies de largo, y diez y dos pies de ancho.

**LAS MUGERES DE LA INDIA.** Hay en la India ciertos pueblos, llamados *bagnanos*, que creen que las mugeres que no tienen valor para sobrevivir á sus maridos se reúnen con ellos después de la muerte, para pasar una vida mas deliciosa que la que han tenido en el mundo.

Un misionero vió un ejemplo en Surate, y dice que una muger poseída de esta idea, obtuvo del gobernador el permiso de ser quemada con su marido que habia muerto pocos dias antes. A media legua de la ciudad en la orilla de un rio estaba el cadáver de su marido con los pies dentro del agua y enfrente estaba una pira de seis pies en cuadro, compuesta de leños cruzados unos sobre otros. La viuda apareció, cubierta con un manto y seguida de la muchedumbre. Cuando llegó, se metió en el agua con otras parientas y amigas que la acompañaban, y después que dijo algunas oraciones á su modo, llevaron el cadáver de su marido á la pira, antes que la viuda llegase.

Cuando aquella valerosa muger salió del agua, donde se habia metido por tres veces, se adelantó sola, y dió tres vueltas al rededor de la pira. A la segunda vuelta la vinieron á abrazar sus parientas y amigas felicitándola y despidiéndose de ella. Luego vino un niño hijo suyo, que se arrojó á sus pies, haciendo ver con sus lágrimas cuanto sentia la muerte de las personas á quienes debia la vida. Su madre permaneció firme y dió la última vuelta sin emocion. Se sentó en la pira, poniendo el cuerpo de su marido sobre su regazo. Luego la presentaron una hacha encendida, y ella misma prendió fuego á los rollos de paja que habia entre los leños, y unos hombres medio desnudos acabaron de incendiarla echando aceite y dando gritos espantosos.

**LITERATURA.** Jenofonte y Quintiliano enseñan á la juventud: Platon llena el entendimiento de ideas sublimes; Aristóteles enseña á discurrir; Ciceron á hablar y escribir bien; Séneca á bien filosofar; Plinio el Mayor presta mucha erudicion y grandes conocimientos; Esopo y Fedro nos ammaestran en las buenas costumbres: las perfeccionan y suavizan Sócrates y Epicteto; da Plutarco asuntos de conversacion y nos presenta grandes ejemplos de virtud; Homero nos ofrece con la mayor sencillez y verdad los diferentes estados de la vida humana, y nos hace ver al hombre en cuantas situaciones puede hallarse: Salustio pinta el carácter de los grandes de la tierra; Plauto y Terencio el de la gente mediana, y de la plebe: nos enseña Ovidio á compadecernos de los demás, y á quejarnos de nuestras desgracias:

#### Gacetiilla devota de la capital.

**Lunes 4.** San Casimiro, rey y confesor, san Lúcio, primer papa, san Cayo Palatino, y 27 compañeros mártires, san Adrian, mártir de Nicomedia, y 23 compañeros. Santos Arquelaio, Cirilo y Focio, mártires, y los santos obispos y mártires Basilio, Eugenio, Agatodoro, Elpidio, Eterio, Capiton, Efrén, Nestor y Arcadio.—En la real iglesia de san Isidro, sigue el coro por la mañana á las nueve y por la tarde á las tres. En la parroquia de san Marcos, sigue igualmente la misa de los Servitas (por la tarde). Id. la de la Divina Pastora, en san Antonio del Prado, ambas hasta el próximo domingo. En el convento de monjas de la Carbonera, por la tarde, es el tercer miserere á una imagen de Cristo que llevaba en sus fundaciones la mística doctora santa Teresa de Jesus. Y en la parroquia de san Andrés, por la noche, este día, el viernes y domingo, el viacrucis. Además, siguen los ejercicios que al principio de este santo tiempo, en la iglesia de Italianos y en la bóveda de san Ginés, al toque de oraciones. Cuarenta horas en la iglesia de la Concepcion franciscana, donde se concluye mañana la novena anunciada en el número anterior, á Maria Santísima de las Angustias.

**Martes 5.** San Eusebio y compañeros mártires, san Exequio, obispo y mártir, san Gerasimo, abad, santa Quineburga, reina, san Pedro de Castronovo, mártir cisterciense, san Focas, mártir de Antioquia, y el beato Juan José de la Cruz (gilito).—En la iglesia del colegio de Portugueses, se hará el obsequio acostumbrado á san Antonio, su titular, solo por la mañana. En la del Rosario, por la noche, hoy, jueves y sábado, la visita de cruces.

**Miércoles 6.** San Victor, mártir, san Victoriano, mártir, santa Coleta, virgen, san Olegario, obispo de Barcelona, san Cirilo, constantinopolitano, san Marciano, obispo, san Frodolino, abad, san Nimalon, mártir, san Ebagri, obispo de Constantinopla, san Basilio, obispo de Bolonia, san Conon, mártir de Chipre, y san Otonio, anacoreta.—En la iglesia de religiosas capuchinas, se celebrará á santa Coleta, reformadora seráfica de la misma orden. En la de santo Tomas, visperas por la mañana á las once, á su santo titular. En las de Trinitarias y Buen Suceso, por la tarde, será los cuartos misereres al Cristo de la Piedad, en la primera, y al de la Obediencia, en la segunda. En las de san Millan, Espiritu santo, Caballero de Gracia, y O'ivar, por la noche, seguirán los ejercicios cuadregesimales, los que continuarán el viernes á la misma hora. En las de Arrepentidas, y por la noche en san Francisco y san Ignacio, se visitarán las cruces, lo mismo que el viernes próximo. Cuarenta horas hoy y mañana en la real iglesia de canto Tomas, donde se le festejará solemnemente.

**Jueves 7.** Santo Tomas de Aquino, doctor, santa Perpetua y Felicitas, mártires, san Pablo, obispo de Egipto, san Gandoso, obispo y confesor, y san Pablo, el Simple de la Tebaida. En la iglesia del real palacio, habrá el triduo mensual de cuarenta horas, al Santísimo, que terminará el sábado al medio día. En las parroquias de santa Maria, santa Cruz, san Lorenzo, san Pedro, san Justo y san Ginés, la renovacion de sagradas form s que todas las semanas, siendo con misa cantada y esposicion en esta última; además, en la iglesia de san Isidro, donde continúan las horas canonicas por ma-

#### Escenas de la vida positiva.



—Eduardo, créeme, nunca juzgues por las apariencias. Siempre he sido el mas acalorado defensor de los pobres.... me duele la miseria en que miro sumergido al pueblo, y estoy componiendo un folleto en favor de la clase menesterosa y contra los que medran y gozan á costa de la sangre del desgraciado.

—¿No eres usurero?

—No....; soy prestamista; pero en mis asuntos especulativos me contento con ganar nada mas que el ciento por ciento.... ¡Otra botella, muchacho!

Horacio y Plinio el menor nos muestran los delicados rodeos con que podemos lisonjear de un modo que parezca hacemos justicia y damos la verdad.

El camino mas corto para llegar á una buena fama, seria el hacer por sentimiento de nuestra propia conciencia lo que hacemos por amor á la mundana gloria.

El sábio no en todo es sábio: pero el presumido de tal, lo es en todo, y aun en lo que enteramente ignora.

#### EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

**DIA 4 de marzo.**—Año de 1810. Accion de Valencia; ocupan los franceses el barrio de Murviedro. 1813. Entrega el mando de Méjico el virey Venegas al general Calleja. 1834. Accion de Tolosa. 1837. Es nombrado general en jefe del ejército del centro don Marcelino Oráa.

**DIA 5.**—1808. Se entrega á los franceses amistosamente para sus depósitos la plaza de San Sebastian. 1836. Acciones de Orduña y Linzoain. 1838. Defensa de Zaragoza.

**DIA 6.**—1810.—Los franceses sitian á Cádiz. 1836. Regreso de Batanero á las provincias Vascongadas.

**DIA 7.**—1813.—Accion de Alcoy. 1814. Autoriza Napoleon á Fernando VII á que regrese á España. 1833. Defensa de Bilbao. 1836. Defensa de Gandesa.

**DIA 8.**—1833. Accion del puente de Larraga. —1837. Accion de Calaf.

**DIA 9.**—1813. Evacuan los franceses á Gerona.

**DIA 10.**—1811. Se apoderan los franceses de Badajoz.—1837. Accion de Santa Marina.

FERIAS QUE SE CELEBRAN EN LA PRESENTE SEMANA EN LAS SIGUIENTES PROVINCIAS DEL REINO.

**DIA 3 de marzo.**—Santa Cristina de Parada del Sil, provincia de Orense.

**DIA 6.**—Santillana, provincia de Santander.

**DIA 7.**—Zamora, capital de la provincia.

**DIA 8.**—Santa Maria de Portas, provincia de Pontevedra.

**DIA 9.**—Batteiro, provincia de Pontevedra.

**DIA 10.**—Santa Maria de Rus y Peiro, provincia de la Coruña.

Su tráfico principal, consiste en ganado de todas clases, legumbres, lino, artefactos de labor y otros varios efectos.

#### Funciones de iglesia fuera de la corte.

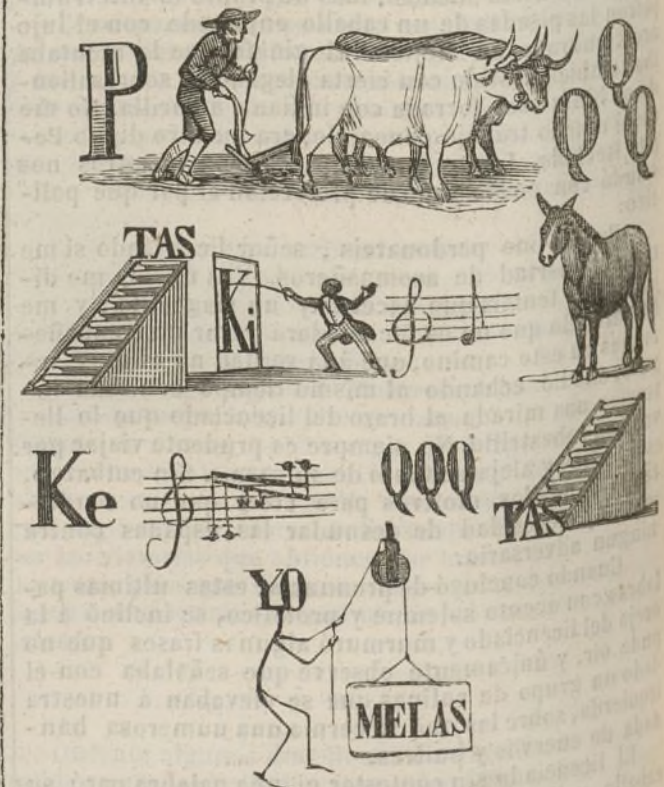
**DIA 7.** A santo Tomás, en Zamora y Daroca, donde es patrono.

**DIA 8.** A san Juan de Dios, en Granada, donde es día de misa de precepto.

**DIA 9.** A Nuestra Señora de la Cruz, en Cubas.

**Idem.** A santa Juana, en el convento de franciscas continuó á Ilescas, en memoria de la aparicion de Nuestra Señora en 1449 á la pastorecita Inés.

#### LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NUMERO ANTERIOR.

HOMERO PULSO LA LIRA DIESTRAMENTE.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, num. 8.